

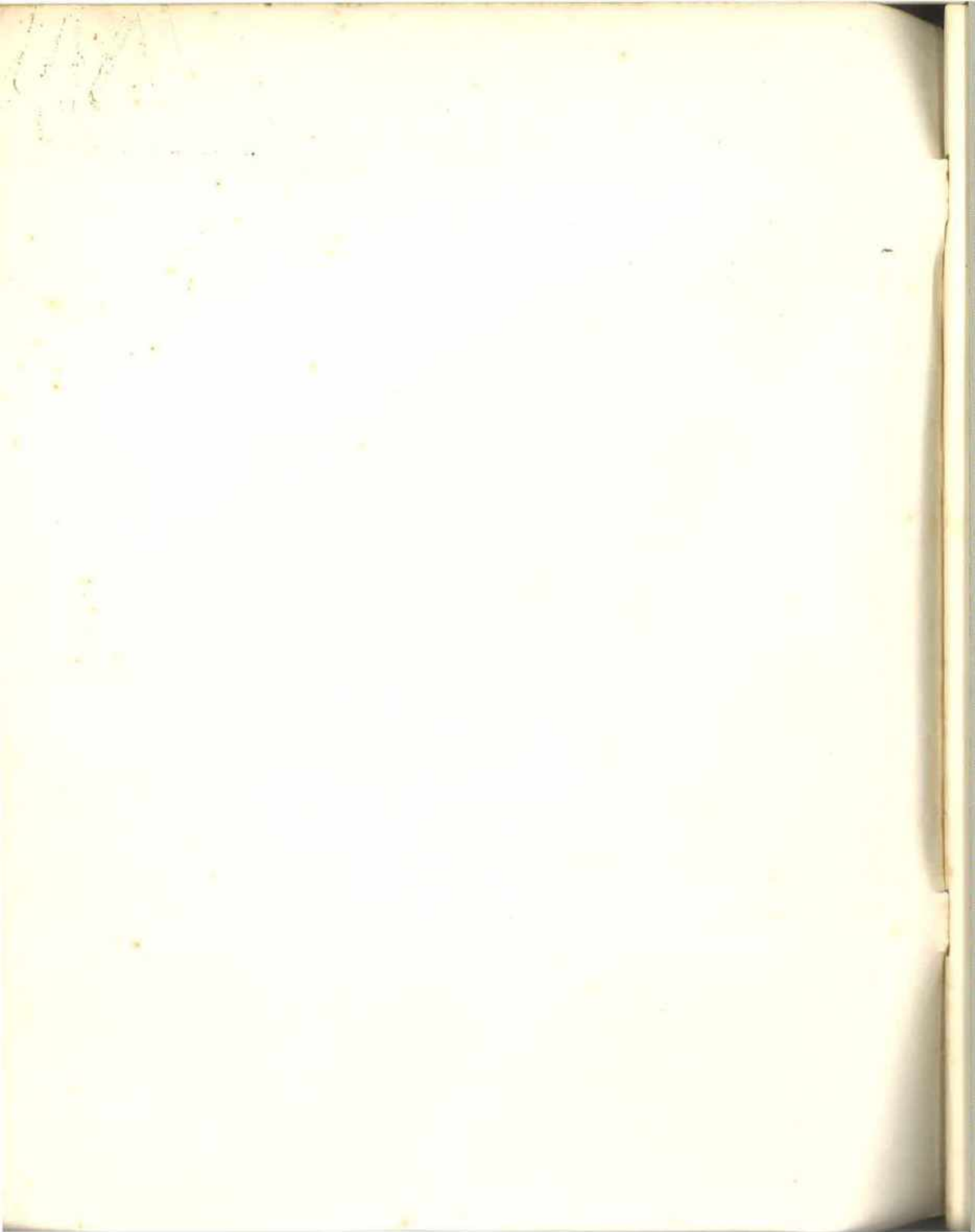
TRADICION ORAL INDIGENA COSTARRICENSE

Vol. 1, Año 1, N° 2 (1983)



VICERRECTORIA DE ACCION SOCIAL
Extensión Cultural
ESCUELA DE ANTROPOLOGIA Y SOCIOLOGIA
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA





EUGENIA IBARRA R.

EDITORAS

Dra. María Eugenia Bozzoli de Willie
Lic. Carmen M. Cubero Venegas

RECOPILADOR

Lic. Mainrad Kohkemper Meza

NARRADOR

Pablo Solano

FOTOGRAFIA Y DISEÑO DE PORTADA

Carlos Soto Artavia

MECANOGRAFIA

Viria M. Núñez Baroni

IMPRESION

Oficina de Publicaciones
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

TRADICION ORAL INDIGENA COSTARRICENSE

VOLUMEN I

AÑO 1

No2

SOBRE PABLO SOLANO ARTAVIA

La crónica de Pablo Solano es espontánea, cándida, amena y detallada. Trata de acontecimientos del final del siglo XIX (a partir de 1886) y principios del siglo XX (hasta 1913 o quizá después de esa fecha), en la zona de misión de Talamanca. Los sucesos narrados son los incidentes de la vida diaria de indígenas y de misioneros, descritos en la vena humorística frecuente en el pueblo tico, de cuyo puro seno era Pablo Solano. El era un sencillito campesino de Cartago, cuyo primer encuentro con mi familia ocurrió en su época de sacristán de los misioneros. El abuelo de mi esposa, Antonio Lehmann Mertz, quién realizó una labor importante para el país como cónsul en Alemania, promoviendo la venta de café y los estudios en Alemania de muchos médicos y otros profesionales actualmente reconocidos en Costa Rica, dejó una novia allá que luego vino en barco para casarse con él. Como había órdenes para que ella no bajara del vapor si la boda no se realizaba allí mismo, porque no era apropiado que una señorita viajara con su novio hasta San José, el abuelo don Antonio se fue a hablar con su vecino, mi abuelo materno Nicolás Meza, para que lo acompañara a Limón a servirle de padrino. Mi abuelo y mi abuela Lilly Hinrichs, quien fue la que dirigió el pensionado del Colegio Superior de Señoritas el año anterior a asumir esa dirección Miss Marian Le Capellain, se fueron a Limón a servir de padrinos. El Padre Agustín Blessing, a cuya actividad misionera se refiere Pablo en esa crónica, fue quien casó a los abuelos de mi esposa Dita Brunker, es decir, a don Antonio Lehmann Mertz y a doña Emma Ringwald. Ya en el tren, para trasladarse a San José, los abuelos nuestros supieron que en el carro Caboose, en un extremo había una cama con un hombre casi moribundo y se acercaron a él. Pablo estaba semi-inconsciente, con una pierna muy hinchada, le había mordido una culebra. La abuela Emma exclamó en alemán: —“Armer Junge, er wird bald seterben” (Pobre muchacho, él pronto va a morir!)

Para su sorpresa, Pablo la comprendió, pues había aprendido el alemán acompañando a los padres paulinos en Talamanca. Tiempo después le conocí yo en la Curia Metropolitana y un día lo contraté como jardinero. Mientras tanto le dictó la crónica a su sobrina, y cuando la terminó me entregó un manuscrito, según me dijo como un gesto de su estima hacia mí. Así tuve una razón adicional para apreciar tan valioso relato de un ambiente y un modo de vida del cual tuve experiencia directa en mis recorridos por Talamanca.

Lic. Mainrad Kohkemper Meza.

LOS INDIOS DE TALAMANCA

Por Pablo Solano.

El Valle de Talamanca es regado por cinco ríos, que son: Yorkín, que es el más pequeño y que sirve de frontera entre Costa Rica y Panamá, el Uren, el Lari, el Coen y el Telire. El Yorkín, el Uren y el Lari nacen en las faldas del Cámuk, o sea el Pico Blanco; los cinco juntos forman el ya conocido y más importante Río Sixaola. En los tiempos de nuestra llegada, por ahí de 1886 había muchos habitantes en ambas riberas del Sixaola, en su mayoría indios; algunos nicas, chiricanos y ticos que vivían amigablemente. Los indios no eran cristianos, salvo unos pocos bautizados por Monseñor Thiel, el resto eran paganos. En las cercanías de Sipurio no vivía nadie, sólo había restos de casas de gente blanca que

trataron de radicarse en ese lugar, pero por los continuos desmanes de las autoridades tuvieron que huir para otros lugares. A una hora de Sipurio se empezaban a encontrar las viviendas de los indios, a la orilla de los ríos Dicote y Uren, ambas riberas estaban muy pobladas, y fue por eso que el padre Vicente resolvió hacer todos los domingos reuniones en este lugar: para esto nos íbamos los sábados por la tarde y dormíamos en un palenque, de los que estaban más juntos, y al día siguiente por la mañana se hacían las reuniones; si no me equivoco, al principio iban poco más de los cien indios, empezaron a llegar con desconfianza, es natural, pero poco a poco conforme se iban haciendo más reuniones, se iban haciendo más a nosotros y últimamente terminaban en una gran fiesta, sobre todo cuando comenzaron los regalitos, tales como cachimbas, tabletas de breva, cigarrillos, retazos bien floreados para las mujeres, etc. Había que ver la satisfacción que experimentaban, al tener una cachimba en la boca echando bocanadas de humo, las miradas de todos se posaba en el dichoso que tenía la felicidad de poseer una de esas cachimbas. Se daban muchas, pero eran tantos, que no alcanzaban para todos, así que ya ven como se repartían entre todos la dicha de una buena fumada. Las cholitas se sentían muy felices con sus refajos de colores muy vivos, los lucían a más no poder. Desde que se comenzaron a hacer esta clase de reuniones nos empezaron a visitar más a nuestra Casa Misión, donde eran muy bien atendidos. Por medio del Gobierno logramos conseguir que las medicinas que enviaban para los indios, nos las mandaran a nosotros, pues así se las dábamos gratis a ellos, pues a ellos se las vendían las autoridades, y como los cholitos eran tan pobres, notaban la gran diferencia entre nosotros y aquellas autoridades.

"¿Güeno, me preguntaban algunos, extrañados ¿Pagre no tiene mujer? —No, les decía yo. ¿Y allá en Cartago, no tiene tampoco? —No— ¿Y vos tampoco, tienes mujer? No— ¿Y por qué? Camarante y pulicía molestar india tanto. Es que camarante y pulicía parece mimo. Engañaron a mimo como perro". Este era el asunto que mucho les preocupaba, pero al fin vieron la diferencia; y poco a poco nos tomaron confianza que nos fueron contando todos sus sufrimientos, sus penas y sus martirios.

¿Y cómo eran las viviendas de los indios? Las tenían de diferentes formas. El palenque redondo, terminado como una olla volcada, empajado desde el suelo. Otros con horcones y estacones a una altura de unos dos metros; eran grandes y espaciosos, sobre todo los redondos. La hoja para empajar la cultivaban, sobre todo en las alturas, aunque había gran abundancia de ella en las bajuras. Ellos siempre las cuidaban con esmero. Esta hoja es parecida a la súrtuba, pero crece, como la pacaya en cepas. También usaban caña delgada muy resistente y durable; y formaban el techo con caña brava, de unos tres metros rejada, para esto las indias iban colocando de tres en tres hojas amarrando de los pezones de la hoja y así formaban como esteras, de manera que al colocarlas sobre el techo era como poner zinc. La formación de aquellas esteras era muy sencilla en lengua de ellos, dipaquichua muy fuerte. Una india hacía en un dos por tres un montón de esteras bien terminadas. En la parte alta es muy difícil colocarlas, pero las cholitas llevan rollos grandes, más que los que llevan los cholos. Esto les cuesta hasta dos o tres jornadas. Los rollos los forman, tendiendo tres bejucos en el suelo, distantes tres cuartas el uno del otro, sobre estos bejucos colocan la hoja, como formando un colchón, luego lo arrollan con todo y bejuco y así la amarran bien y la cargan, sosteniéndola en la cabeza con fajas de mastate, y en esa forma suben empinadas cuestras. Para preparar sus comidas lo hacían en el suelo con tinamastes, tres tucos gruesos a modo de tizones los cuales se iban consumiendo junto con la leña. En la parte alta el agua quedaba muy distante hasta media hora en ir y venir, pero para eso allí estaban las cholas, buenas mulas de carga. Las pobres son muy laboriosas. Muy temprano preparan el desayuno, plátanos asados muy maduros, o carne y cacao, si lo hay. Antes de las seis de la mañana les sirven el desayuno, pero antes les llevan agua para que se laven y enjuaguen la boca a cada hombre donde está en la hamaca. Enseguida ella coge un cuchillo y con alguna compañera va

en busca de lo que la Divina Providencia le repara, mientras el indio duerme a pierna suelta; algo pasado medio día regresa con cuanto le reparó la Divina Providencia, plátanos, guineos, quelites, flores de hortiga, cachitos de pacaya, etc, bien cansada, hambrienta y mojada la mar de veces, se encuentra con que tal vez no hay agua, pero ella que es modelo de paciencia, va llena de resignación a traer agua para el almuerzo.

Población. Según datos de Monseñor Thiel, por el año 1896, había unos 1.500 indios, pero después de haber recorrido nosotros todos los rincones de Talamanca, nos dimos cuenta de que había mucho más de los tres mil. Los habitantes de las alturas eran todos muy sanos, pero los de las bajuras sufrían mucho de paludismo. En las alturas encontramos indios bastantes canosos, lo que indicaba que eran muy viejos. Los chiquitos de pecho todos muy sanos y robustos, lo mismo las madres. No padecían de úlceras o llagas, como es común entre los negros y los blancos. En Alto Coen se nos presentó un caso excepcional, el único, podemos decir. Nos encontramos un rancho abandonado, pues así lo parecía por el mal estado en que se encontraba, y tan ruinoso se veía que los mozos que nos acompañaban no querían entrar, pero Monseñor entró un poquito y yo tras él. Ya íbamos a salir, cuando alcanzamos a ver en un rincón sobre un camastro un bulto, al parecer como una persona. Nos acercamos poco a poco y en efecto, nos dimos cuenta de que era una pobre india cubierta de harapos viejos, todos podridos alrededor de ella, que también estaba toda mojada a causa de la gotera. Monseñor le habló muy de cerca, pero parecía no oír. Al rato abrió los ojos y nos miró sorprendida. Murmuró unas palabras que no entendimos, pero a fuerza de preguntarle volvió a decir algo, pero tampoco se le entendió nada. Por fin Monseñor estiró un brazo y retiró el pedazo de mastate que le cubría las piernas, pero... ¡horror lo que contemplaron nuestros ojos! La india no tenía piernas, sólo dos huesos encarnados, sin carne, ni piel. Era realmente horripilante. No era aquello una habitación para un ser humano, pero mucho menos para un enfermo y de gravedad como lo vimos; todo indicaba que hacía mucho que no había prendido fuego, pues no sólo de la enfermedad estaba mal la india, sino que se moría de hambre. Monseñor se encontró con que hacía mucho tiempo que en aquella choza no se veía fuego. Tanto dolor sintió en su alma al ver aquel cuadro, que no pudo dejar de escapar gruesas lágrimas, que rodaban por sus mejillas, y no era para menos. Y lo que más le dolía era tener que dejar a aquella pobre mujer en ese estado, pues no había más remedio. Los mozos no quisieron entrar, pues se negaron ya que el propósito era que nos interpretaran algún deseo de aquella pobre mujer (*).

Monseñor determinó bautizarla condicionalmente. Le dejó algo de galletas, azúcar y le extendió una cobija, la que él llevaba para cobijarse. Y abandonamos aquel lugar sin poder determinar de qué enfermedad padecía aquella pobre, tal vez sería gusanos, cosa que no era de extrañar en aquella región.

Uno de nuestros cholitos de la escuela, un día me llamó aparte. Parecía algo apenado, es decir que no se dieran cuenta los otros, y levantándose los pantalones un poco me preguntó: ¿No es busiana? Claro que sí eran gusanos, era una gusanerilla que se le empezaba a formar. A un nica, a quien nada menos que la Princesa Victoria, hija de Antonio Saldaña de un botellazo le destripó un ojo; éste se le llenó de gusanos y así murió con la cabeza llena de gusanos. En ese caso la justicia de Dios que caía sobre él, pues aquel Nica había estrangulado a una india, hasta dejarla sin vida. Bueno, después de que abandonamos a la india enferma, los mozos nos contaron que ellos conocían la vida de aquella mujer. Había vivido con un negro. Y calculamos que el negro la había contagiado de alguna enfermedad venérea, pues los indios nunca padecían de tales enfermedades, en tanto que los negros y blancos, sí. La región que recorrimos donde encontramos la india enferma, era donde los indios se mostraban más huraños, reservados y alejados; pero eso lo atribuimos a que ese era el lugar de los Cantores, y tales Cantores viven con varias mujeres y explotaban a los indios al igual que los Zuquías, que eran como los médicos. Pero todo era engaño y farsa. Por

cualquier cosa tenían que dar hasta una vaca, dos o tres cerdos, unas cuantas gallinas y un chompipe. A los indios Talamanca nunca les vimos remedios eficaces para sus dolencias. En algunos ranchos vimos manojos de cáscaras de humo (?) y al preguntar para qué era, me dijeron que era para que las indias se lavaran el pelo. Fuera de la hoja de la ortiga con la que se azotaban varias partes del cuerpo, con lo que según ellos se curaba el reumatismo, cuando se sentían mal del hígado o bazo, y en ocasiones en que se les inflamaba el estómago, se sangraban con colmillos de terciopelo, los que desinfectaban enterrándolos en un vástago de guineo o plátano y luego lo metían al fuego. Los cholitos pequeños se criaban muy robustos, y como nunca se arrastraban por el suelo, estaban exentos de microbios. Las madres con los pequeños eran muy cuidadosas y aseadas; jamás vimos a un cholito chorreando o sucio; con las mujercitas eran muy recatadas, muy honestas, pues a pesar de su condición de salvajes a los chiquitos que no usan ropa al cargarles sobre la espalda, siempre tenían cuidado de ocultar las partes delicadas al bajar a las niñas. Casi diario bañan a los chiquitos y los hacen nadar. No es de extrañar ver a un niño de dos años nadando. Y naturalmente, como casi nacen en el agua, allí se encuentran en su elemento y felices de la vida. Jamás pude ver que un cholito se ahogara. Naturalmente que ellos eran prudentes y nunca se exponían al peligro, donde lo había.

LOS INDIOS DE TALAMANCA: El indio en su intimidad no duerme con su mujer, salvo el Cabéquer. El cuidado de las criaturas está todo al cuidado de ellas, las madres, el indio es con poca diferencia igual al zángano, con el atenuante de que ella no lo estruja, es decir, hace con el marido lo que las abejas con los machos. Cuando un joven aspira a la mano de una doncella, no es con ella con quien tiene que hablar, sino debe entenderse directamente con el futuro suegro, y para conseguir esto, tienen que tener todas las cualidades buenas, pero lo principal es el ser un buen cazador, que de no ser así, no es aceptado en la familia, ya que teniendo esa cualidad lo tiene todo, así sea más feo que un susto en ayunas, patirreco o tuerto, pero eso sí, con la condición de que debe pasar a vivir a la casa de los padres de la novia. En esos tiempos conocí a una indita, llamada Silvia, tenía en ese entonces apenas quince años. Resulta que de ella se enamoró un indio de cincuenta años. Claro está que reunía las cualidades exigentes al aceptarlo el viejo tata como yerno. Pero este murió muy pronto y tuvieron dificultades tales cuales las que les contaré. Un día que pasaba yo por donde ellos vivían, oí gritos desesperados de una mujer; corrí, como es natural cuando se trata de socorrer a alguien que está en peligro, y me encontré con que el viejo marido estaba con un leño, y ella con otro peleándose. Ella tenía la espalda toda acardenalada. Le quité el garrote a él; y ella viéndolo desarmado la emprendió a leñazos contra él, que no se movía tal vez por respeto a mí. Y ella al mismo tiempo que lo golpeaba le decía: Viejo, tata está vivo para que hagás conmigo lo que te dé la gana. Y si no te vés de aquí te quemo los ojos cuando esté dormido. Tuve que rogarle a él mucho para que se fuera y la dejara sola o estaba perdido.

Las indias no lavan la ropa de los maridos ni la remiendan. Nada más que les sirven la comida, y cuando están enfermos los aislan a un rincón del palenque con hojas de pejibaye bien espinudas, de tal modo que nadie los vea, ni ellos ven a nadie. En tres piedras le ponen un huacal grande y de lejos con otro amarrado a un palo le echan el agua. Mientras el enfermo tenga fuerza para alcanzar aquello todo va muy bien, pero si están tan graves que no tienen fuerza para nada están perdidos. Cuando están muy viejos les amarran una cuerda al cuello, por lo cual mueren asfixiados o ahorcados.

Cuando por segunda vez acompañé a Monseñor Blessing a Chirripó, él se iba muy temprano a visitar a los indios en sus ranchos y yo me quedaba solo en la capilla, preparando la comida. Había ahí una joven de más o menos mi edad, dieciocho años, siempre pasaba y

me miraba con insistencia, como queriendo decir algo. Por fin un día me habló de esta manera: como vos no sos casado y no tenés mujer allá en Cartago, yo gustar mucho hombre blanco. Este compra a india zapatos, naguas, cinta, camisa. Indio no". Yo oí todo lo que me decía muy tranquilo, pero cuando ya me dijo que yo le gustaba mucho, me puse a sudar frío; me dí cuenta de las intenciones, pues al decirme ella: "Yo gustar vos mucho" entendí la proposición matrimonial. Yo no dije nada, pues había que ver quién era mi padre. El quería que yo fuese un San Luis Gonzaga y por eso yo veía en aquella mujer al demonio. Cuando regresó Monseñor Blessing yo le conté lo sucedido y le pedí que no me volviera a dejar solo, pues yo sabía a lo que estaba expuesto.

En nuestro primer viaje a Chirripó que había sido un año antes de este segundo de que venía hablando, nos divertimos mucho. Los chirripones son muy amigos de imitar todo lo que ven en los demás, es decir, ellos quieren tener todo lo que los demás tienen. Y así fue, que al día siguiente de nuestra llegada, empezaron a llegar indios a visitar al Padre, pero de tal manera vestidos que parecían payasos; algunos con sobretodo hasta los talones, otros con corbatas, cuellos postizos y bombines o sea lo que los grandes señores llevan puestos sobre la cabeza en las grandes ceremonias; y sobre los sombreros amarrado con bejucos o mecatillos, etiquetas de salmónes, sardinas. Esto lo traían de cualquier manera. Tenían cuellos de caucho que se amarraban detrás de la nuca, por lo que tenían que andar tiesos. En el modo de andar los que eran calzados, se les notaba que tenían cambiado el calzado. De pronto apareció uno con un paraguas, al momento todos le hacían rueda contemplando aquella maravilla. Este llevaba el paraguas abierto y así lo tuvo todo el día, paseando de un lado a otro exhibiéndolo, pero apenas empezaba a llover lo cerraba. Al otro día apareció otra maravilla: un indio a caballo; fue aquello el colmo de la admiración; y esto que el improvisado jinete se moría de miedo, pues montaba en el pelo. Y esto era de admirar en ese tiempo, hace cincuenta años, pues subir al Chirripó era una gran empresa para cualquiera. A pesar de la seriedad de Monseñor Blessing, que era ya proverbial, yo notaba que hacía mucho esfuerzo para no reírse, tal lo divertidos que eran estos indios.

Entre el Cabéquer y el Bribri se notaba una enorme diferencia. Los Cabéquer eran sociables, comunicativos, hospitalarios, y desde nuestras primeras visitas nos obsequiaron con sus productos. No así los Bribris que eran huraños, hoscos y recelosos. Los Cabéquer nunca huyeron cuando llegamos; en cambio en Alto Lari, sí; las indias salían al parecer aterradas, produciendo un gran ruido sobre el techo, el que comienza al ras del suelo. Solo en una parte quedó una muy vieja, pues no podía caminar bien; en los ojos de aquella anciana notamos el horror que nuestra aparición le había causado. Donde esto sucedía era lo más agreste y difícil de llegar. El indio no se imaginaba que el blanco pudiera llegar a esa región. Sólo ese Santo, aquel abnegado Padre, aquel verdadero Apóstol, llamado Monseñor Blessing podía llegar hasta allí, a salvar almas redimidas con la sangre de un Dios: así es que había que llegar hasta allí, fuera como fuera, costara como costara. Este día pudimos notar al aclarar el día, que en un rincón había también un indio muy viejo, nada más que con taparrabo, parecía también muy impresionado con nuestra llegada. Poco a poco, Monseñor fue halagándolos con regalitos de toda clase, cigarrillos, cachimbas, breva y pañuelos. Así fueron entrando en confianza. Monseñor les dejó regalitos a los que habían huído. Así que las visitas subsiguientes fueron distintas, ya que nadie huyó cuando llegamos.

Los Bribris tenían toda la razón de no querer a los Blancos, pues eran los más vecinos a las Autoridades establecidas en Sipurio; y estos fueron con los indios muy tiranos, déspotas, crueles y explotadores. Ellos solían decir "Sigue Surue", que quería decir: Hombre blanco malo. Esta expresión salía de los labios de todos.

A nosotros nos empezaron a tratar con mucho cuidado, con mucha cautela y curiosidad. Ellos veían la diferencia de aquellos, que eran relajados, mujeriegos, egoístas, groseros. Ellos veían en los sacerdotes todo lo contrario pues cuando los visitaban recibían

galletas, café, cigarros y diferentes presentes, en cambio de que los de la Jefatura Política los obsequiaban con patadas de pies y cabeza. Mucho nos costó ganarnos la voluntad y la confianza de aquellos pobres indios, pues las autoridades civiles, con su perversidad, deshacían en ellos lo que nosotros hacíamos.

Aquí les contaré algo que olvidé antes, de la parte Alta del Larí. En un plano estaba el cementerio general, cercado con madera en tablones, llamado Campo Santo, había allí un montón de huesos en gran confusión. Claro que estaban secos; el cadáver del indio cuando muere es muy bien envuelto con hojas de bijagua, con envolturas de cuatro pulgadas de espesor, y luego eran muy bien amarrados, para esto había hombres especiales para tal cosa, luego llevan al muerto a un lugar de estacas bien clavadas en el suelo, cruzadas y amarradas, por largo tiempo dejan allí el cadáver; y mientras tanto le están llevando provisiones de todas clases y flechas y cerbatanas y hasta chicha. Una vez que esos huesos se secaban los llevaban al panteón general, no sin antes celebrar el famoso baile de huesos, el que dura los haberes del difunto. Ya les contaré sobre este baile.

La parte Alta de Terire y Coen. En las alturas de río Coen está situado el San José Cabéquer, lugar de tristes recuerdos. Hace cerca de trescientos años que allí fueron pasados a cuchillo toda una colonia española, sin perdonar ni a mujeres, ni a niños. Esta historia tan triste nos la contó un viejo indio por medio de un intérprete. Por sus gestos y sentir, al contarnos esto, parecía que él hubiera vivido aquello, que hubiera presenciado aquella terrible escena. Cuando los indios se preparaban la víspera para el ataque, afilando bien sus cuchillos, se daban la señal por medio de fogatas, las dos fortalezas se veían la una de la otra, y esto era muy propicio. En las memorias de Monseñor Thiel se dice que él y sus compañeros vieron los comienzos de estas fortalezas. Aquellos españoles hicieron grandes trabajos de descumbres en centenares de hectáreas sin dejar ni un árbol, el terreno no es demasiado quebrado, había mucha agua, pero sí escasos víveres; poco plátano y los ranchos muy pequeños. Había entonces unos cuatrocientos indios en el Alto Coen.

Alto Telire fue a donde huyeron los indios después de la matanza de los españoles en San José Cabéquer. La llegada al Alto Telire es muy difícil en la segunda o tercera jornada; en un principio el río es el camino, cruzándolo de uno a otro lado cerca de dieciocho veces, pasamos por laderas rocosas, peñas como cortadas a plomo, precipicios peligrosísimos de caer al río, el que imponente y espumoso corría a nuestros pies. En parte parecía que el río se metía debajo de las rocas, dada la estrechez del cauce. La corriente muy inclinada, pero no formaba cascada ni catarata; era un torrente vertiginoso, inclinado en un trecho bastante largo. Los indios ponían ganchos, amarraban bejucos; y así agarrándonos de los picos, avanzábamos muy poco, con dificultad, pues a nuestra derecha teníamos cerros muy altos, lo mismo a la izquierda, pero después de terminado este paso aquello cambiaba. Ahora se extiende una llanura a ambos lados del río, el que ahora es manso; son estos lugares muy pintorescos, pues hay largos trechos sombreados de sotacaballos, que somborean uno y otro lado del río, lo que a la vista parecen bellos parques. Sotacaballo es un árbol muy fuerte, especial para puentes, pues cuesta mucho que se los lleve la corriente. Este árbol da una bellísima flor que cuelga en guirnalda multicolores sobre las aguas claras del río, donde hay muchos bobos, peces juguetones, pues si uno les tira una piedra corren, creyéndola una presa. El Padre entusiasmado decía: este debe ser sin duda el paraíso donde Dios puso a nuestros primeros padres. Me pensaba yo: ¡Qué tal en los alrededores de la Capital, sólo un pedacito, una media hectárea de parque tal como los hay en nuestros bosques, con todos sus encantos y todas sus bellezas naturales! Pero nosotros tenemos el instinto de la destrucción: destruir y más destruir, tal es el ideal del hombre de estos tiempos.

El río Telire nace al pie del Chirripó, y es el más grande de todos los que forman el ya famoso río Sixaola. Los indios del Alto Telire son sumamente pobres; carecen de todo lo necesario, de ropa no tienen más que un taparrabo de mastate, los que lo traen. El mastate

lo sacan de la siguiente forma: es éste la corteza de un árbol, la cual sacan alrededor de todo el árbol; esta corteza no es muy gruesa; la echan en agua por varios días y cuando se empieza a podrir la sacan y sobre una piedra la aporrean para que salga todo lo que no sirve; de esta manera queda una telita como tejida, fuerte y consistente; a veces salen tejidos hasta de dos varas de ancho. Este trabajo es un trabajo bastante pesado, pero ya se sabe, es a la india a la que le toca esta tarea. Y vuelvo con mis cholitos: son sus viviendas cuatro estacas, y hojas de platanillo. Ahí no se ve una banca, una hamaca o alguna comodidad, sólo una olla de barro, hecha seguramente por uno de la familia, lo que más cultivan es el guineo, pues el fuerte de ellos es la pesca, al parecer, pues esta abunda en el río. Después de las tres de la tarde ellos pueden en menos de media hora tener varios quintales, pero ellos tienen con dos o tres, ya que hay hasta de diez libras; y les es muy fácil ya que los cogen con flecha. En nuestros viajes ellos nos dejaban el rancho a nuestra disposición, ellos dormían fuera a la interperie. En un lugar de Coen pude ver a dos indias, una despiojando a la otra, cada vez que sentía que le sacaban algo alargaba la mano, para que le pusiera la presa y así no más, sin sal ni nada era consumido, muy chupadito.

BAILE DE HUESOS. Tienen los indios un baile de huesos, ya les conté los preparativos del entierro. Los indios a quienes les dejan algo los que mueren reciben todos los honores de la fiesta. Y este famoso baile dura todo el tiempo que haya haberes del difunto. Una vez consumidos éstos concluye el baile; aquello es pura fiesta, más que dolor o tristeza, por la muerte de sus amigos o familiares. Lo celebran en esta forma, a este acontecimiento acuden las indiadas de la cercanía, sobre todo no faltan los cantores, los que se visten de gala y se adornan con dos o tres collares de dientes de tigre, con bastón de cacique y sendas hamacas nuevas: el pelo recortado, siempre largo. Los atienden con especialidad, les sirven lo mejor de la comida en un plato sobre un banco. El cantor se da tono de indio en la forma de actuar, caminar, mirar, comer, y muy especialmente de sentarse. A cada uno por su lado le toca cantar o rezar. Claro que esto no es canto, ni es nada, es una jerigonza que nadie entiende. Cuando están en estos canturreos nadie los atiende pues todo es bullicio. Diez o quince indias muelen el maíz para la chicha, lo cual lo hacen en grandes piedras cóncavas, arrojadas en el suelo con grandes manos de piedra: esta chicha tiene que estar a más tardar al día siguiente, para que se ponga pronto toman un poco de masa, la envuelven en hojas y la meten al rescoldo; y cuando está asado, diez o más indias mastican eso sobre un traste bien grande y después es muy bien mezclado con la chicha, la que tienen en grandes cántaros cuidadosamente colocados en medio de grandes piedras. Estos cántaros son de barro, lo hacen muy grandes algunos hasta de un metro de altos, los que pueden tener una capacidad hasta de 50 litros; y es raro ver un palenque en donde no se vean unos cuantos: el problema es la tapa; y es por eso que se le meten cucarachas, chinchas, y hasta ratones. El indio cabéquer es el único que carece de estos cántaros. Ellos tienen dos clases de chicha: espesa, que es la de las grandes festividades. Un día que llegamos a un baile, por casualidad, cuatro o cinco indios nos asediaban ofreciéndonos chicha todos a un tiempo. En apuros nos pusieron, no era posible recibirles a todos a un tiempo, por todas partes nos la querían hacer beber. La chicha hace tambalear al indio y a veces caer, pero no lo enloquece ni lo hace pelear. El baile lo llevan a cabo en grandes ruedas de cuarenta o cincuenta indios e indias, formando círculos, agarrados por los hombros, llevando un compás con los talones, al principio lento, pero se va aligerando más y más, hasta el punto de causar vértigos: el que se suelta de esa rueda se lleva un reventón; a veces quedan sin conocimiento, tal la ligereza con que llevan el ritmo del baile. Cada media hora o tres cuartos de hora hay un redoble de tambores, cada uno con su tambor en fila, tocándolo con las yemas de los dedos, y entonces comienzan un canto lúgubre. El eco de esos tambores se deja oír desde lejos, más en las noches. Como hacen los tambores es algo muy ingenioso: sin fierros, nada más que con

malos cuchillos lo hacen de una sola pieza de madera de cedro, del lado que se toca es más ancho y va adelgazándose hasta faltar unas doce pulgadas, donde de nuevo se ancha, ahí tienen hasta un metro de largo. La piel de que lo forran es de iguana. Hay que ver la alegría, el entusiasmo y la animación de que se visten esos bailes. Por todos lados se ven las ollas de hierro con carne: destazan dos vacas, gallinas, chompipes y cerdos. Todos los indios varones andan tambaleando. Estas parrandas han durado hasta tres semanas. Las chichadas por trabajo, son iguales, solo que es un día lo que duran y no hay carne, toques de tambores, ni bailes.

El indio no saca la piel al animal, cortan con todo y piel, la chamusquean a fuego, lo raspan con un cuchillo, y así, en grandes tucos va a las ollas, con un medio hervor ya la reparten en ollitas, aparte cocinan grandes cantidades de plátanos, en platos de hojas, muy bien formados les sirven la carne. No es una, ni dos, ni tres raciones. Habiendo carne son dos libras con tres plátanos que se sirven, pues por la carne de res se mueren.

La Misión de Talamanca fue en el año 1895. El padre Vicente Krutwig fue el primero en llegar, pero se enfermó de mucho cuidado y al año siguiente nos mandaron al Padre Clemente y a mí. El Padre había mandado hacer un rancho donde nos instalamos. Me parecía todo tan extraño. No se veían indios en Sipurio. El problema más serio eran las provisiones, los alimentos. Preparamos un terreno para poder sembrar lo que pudiéramos. Los frijoles no servían, las legumbres menos; semilla de plátano no conseguimos, sólo yuca, tiquisque y alguna cosa más. El jefe político tenía semillas de un plátano muy grande pero nos negó semillas, ni regalaba, ni vendida. Pongan atención aquí los egoistas. Poco después de habernos negado la semilla una creciente del Río Uren arrasó con casi todo el platanal. Después de la creciente aquel hombre que nos había negado, llegó todo arrepentido a pedirnos perdón, pues casi hasta se ahoga. En los meses de diciembre a enero sembramos todo lo que podíamos, pues en febrero ya empezaban las visitas a los indios. A principios de este mes fue el primer viaje a Estrella y Coen. Yo debía acompañar al Padre. Fue este un viaje penosísimo, fatigoso y lleno de angustias. Nos acompañaban cinco mozos indios, llevando las provisiones, las cobijas y el altar portátil y los trastos de cocina. Luego a desacomodar y a acomodar, conforme llegábamos a las posadas. El cocinar era un problema muy serio. Teníamos dificultades. Para este pobre muchacho en aquel entonces, era un gran problema, frijoles quemados, arroz ahumado, o pasmado, sin sal y sin más nada y cuando al fin ya hervían, venía un cerdo y rescándose en las puntas de los tizones me botaba todo, después de tantas batallas para mantener el fuego, y luego las regañadas del Padre, pues les advierto que no cocinábamos en ollas, esto lo hacíamos en tarros de manteca de cinco libras, lo que costaba poner encima de los tizones. En esta región el viaje se prolongó un mes. Esta era la primera vez que el Padre visitaba ese lugar.

Todos allí fueron bautizados, casados. Yo muy poco ayudé en esa tarea, pues mi estado no era normal. A ratos creía estar loco, y para empeorar mi situación me empezaron a pegar calenturas. Día tras día me empeoraba. Cocinaba a rastras y seguía al Padre con mucha dificultad. De aquel viaje casi nada supe. Más muerto que vivo regresamos a Sipurio, ya no tenía sólo calentura, me había atacado disentería. El Padre Clemente también estaba muy enfermo. No obstante eso fue enviado a traer provisiones. Mientras tanto yo estaba cada día peor, parecía un esqueleto. Una tarde tan mal me puse que el Padre arrimó una silla y me dijo que me confesara, pues me iba a morir. No me asustó eso; me sentía tan mal que me decía yo mismo: la muerte me ayudará a descansar de todo lo que había sufrido. Dije antes que el Padre Clemente había salido a Limón a traer provisiones, pero al verlo tan enfermo Monseñor Thiel lo mandó al Hospital de San José y envió al Padre Veter a que me llevara a Limón. Este fue un viaje muy costoso, sobre todo en Puerto Viejo, encima de una bestia amarrado y sostenido por dos hombres, uno a cada lado. Así pasamos ese trecho. El viaje de mar duró tres días.

Al llegar a San José nadie me conocía, tal era el estado en que me encontraba. Todos se asustaron al verme tan mal. Monseñor Stork exclamó al verme: ¿pero es que no había qué comer en Talamanca? En el hospital me cubrieron de solícitos cuidados. Quince días de estar en el Hospital tenía yo y me encontraba mejorado en parte, cuando vinieron mis padres a verme. Mi madre se arrojó encima de mí, llorando desconsoladamente: en cambio mi padre no, él parecía estar contento de verme así, y me decía: ¡dichoso vos, si te hubieras muerto hubieras ido derechito al cielo! Pasados dos meses me encontraba de nuevo bien. El Padre Thiel mandó por mí y me rogó volviese de nuevo a Talamanca, a ayudar al Padre a cristianizar a aquellos sus muy queridos indios, que para el padre eran como las niñas de sus ojos, ¡tanto los quería y se preocupaba de ellos! Accedí a tal ruego y nuevamente me dirigí a Talamanca. Al siguiente año la situación cambió completamente con la llegada del Padre Blessing y del Padre Breiderhoff, pues a decir verdad, el Padre Vicente, que era el que estaba, era de un genio muy recio. No era apto para estar en aquella región. A mediados del mes de enero del 98, llegaron a Talamanca dos nuevos sacerdotes a hacerse cargo de la misión. Estos jóvenes padres iban cubiertos de santo celo por rescatar aquellas almas de aquellos pobres indios. Estos eran los reverendos padres Agustín Blessing y José Breidoerhoff. Pronto empezamos a hacer planes y a trazar proyectos para mejorar el éxito de la Misión. Lo primero fue construir una casa para escuela, alojamiento para los indios, para irlos atrayendo hacia nosotros, para que tomaran confianza y dejaran el recelo que por los blancos sentían. Los dos Padres se encargaron de la construcción, mientras llegaba el tiempo seco para el viaje a las alturas de Talamanca. El padre Clemente estaba muy gastado y agotado. Fue de los primeros que llegaron a Limón, cuando todo era puro suampo. El padre con el barro hasta las rodillas jalaba tierra en cajones para rellenos, y así poder sembrar algo. Creo que todavía hay cocos sembrados por el Padre Clemente. Entre Monseñor Blessing y yo cuidamos de la siembra, manteníamos todo limpio, pues allí no había superior, ni subalternos, todos éramos iguales. Los Padres diariamente estaban en mangas de camisa, trabajando.

El Padre José trabajaba muy duro: con el hacha había que verle, el trabajo que hacía no era de hombres, era en verdad trabajo de animal, no solo la camisa se le mojaba de sudor, sino que el pantalón se le pegaba, tal era lo que sudaba trabajando. Muy pronto ya había mucho material para la nueva casa. Faltaba la hoja para el techo y ésta se les encargó a unos indios. Cierta día venía el Padre José con una gran carga de leña, sudaba tanto que no podía ni ver, de repente sintió un golpe en las piernas y cayó como con las piernas quebradas, no sabía que le había pasado. Un indio, que venía tras él advirtió la presencia de una gran culebra llamada gargantillas, las que se tuercen cuando uno trata de pasar, si ellas están atravesadas. Esta culebra es muy negra con un collar blanco en el pescuezo, y por eso se les llama gargantillas, son muy rabudas y andan siempre sobre los árboles, rara vez se ven en el suelo. Cuando están atravesadas hay que dar un rodeo porque ellas no se quitan de donde están. Al menor movimiento de uno están listas para atacar, no muerden, pero por el cuerazo que recibió al pobre Padre vimos que no son muy cómodas. Ya se acercaba marzo, el tiempo seco para las visitas a los indios en las alturas. Tenía yo que acompañar a Monseñor, pero cuando fuimos a revisar las provisiones que teníamos para el viaje, aquello estaba inservible, el arroz, los frijoles, la harina, el bacalao, todo estaba lleno de gusanos y de gorgojos casi inservible. Pusimos todo al sol, pero sólo los grandes se iban. Así tuvimos que comer aquello y cerrar los ojos, porque era mucha la cantidad y no se podía botar. Había que ver un plato de aquella comida, millones de bichitos, así en ese estado tuve que preparar la comida con todo dañado. Alisté las provisiones y me puse en camino para el alto Uren. Aquel santo padre, Monseñor Blessing, no era un jefe, era un compañero y muy bueno. Cuando a un rancho llegábamos, tal vez mojados, él no permitía que yo le sacara la ropa a él, él mismo la sacaba, para que yo mismo me cambiara inmediatamente. Para los cholitos era todo bondad, dulzura y mansedumbre, él me contaba cuando era estudiante en Bélgica en

un colegio, sus sueños, sus ilusiones, hasta que al fin le fue notificado su viaje a Costa Rica. No cabía de gozo, cuando estaba cerca todos los días preguntaba si ya se veían las cordilleras de Costa Rica.

Cuando al fin divisaron Costa Rica, él creyó ver indios, se imaginaba estar entre ellos y a la hora de la realidad, encontró con lo que tanto ansiaba: ahí estaba entre sus cholitos muy amados, él mismo en carne y hueso les enseñaba a conocer a Dios, a amar al buen Jesús! .

Desde nuestra salida a Sipuro él se formaba su itinerario, el que cumplía al pie de la letra. Al llegar a los ranchos de los indios, después de tomar una taza de café que yo le servía, rezaba el breviario, siempre dormíamos en un rancho donde hubiera más alrededor. Los mandaba a llamar, les preguntaba su estado. Según el número de indios que hubiera se quedaba uno o más días entre ellos. Al tomar los datos se hacía un bullón de la porra. Todos hablaban al mismo tiempo, pero eran las indias las que más alboroto hacían, decían "Ete tuyo mama, este tuyo tata, ete tuyo mujer" y cuando ya había sacado todo en limpio los ponía en fila para casarlos, no faltando, a veces, algo que llamara la atención. Alguno de los indios al casarlo, decía: "Aquel muje' también mío. Tengo dos o tengo tres y quiero casar con todas". Y se presentó el caso de una india con dos varones y dos hijos, uno de cada uno, ella quería los dos y los dos la querían a ella, los dos estaban de acuerdo, pero no fue posible. Estos matrimonios no se hacían entre parejas jóvenes, los que se casaban tenían ya años de vivir juntos y tenían gran número de hijos. Era muy corriente que al bautizar a los niños estuvieran pegados al pecho de sus madres y el padre para ponerle sal en la boca tuviera que despegarlo del pezón. En todo esto nadie pagaba nada, al contrario, los hombres esperaban su pantalón, las indias un corte para enaguas y algo más, por eso llevábamos una valija repleta de toda clase de regalos, no sólo para los que se casaban, todos tenían su regalito, pipas, pañuelos, tabaco, dulzainas, zarazas, y muchas cosas más. En estas giras siempre iban cinco mozos, a los que se les pagaba un colón diario y tenían que movilizar todo el cargamento: provisiones, regalos, y el altar portátil.

El primer viaje de Monseñor Blessing fue de mucho provecho. Todos los indios entraron de lleno en confianza con nosotros. ¡Sieua boaz, sieua boaz! ¡Blanco bueno, blanco bueno! (decían siempre). Mientras tanto el Padre José y el Hermano Clemente tenían casi terminada la casa, techada, con piso y el material listo para los tabiques. Ellos habían trabajado noches enteras en la construcción de esa casa. Así es que ya podían venir los indios de las partes más lejanas. Se quedaban noches enteras sin temor a cepos, ni torturas, ellos recibían un ambiente acogedor y eran tratados con todo cariño. Después de unos días de descanso salimos de nuevo a las giras. El siguiente viaje fue al alto Lari, el más difícil de subir, el más penoso y en el que se exponía la vida. Pero los resultados obtenidos en aquellas giras hacían que Monseñor olvidara las penalidades del viaje. Aquellas noches dormíamos en el suelo, rodeados de cerdos, perros sarnosos, y hediondos que se vomitaban encima de nosotros. Otras veces nos daban camastros de maderas redondas, las que se nos metían en las costillas, pero a nosotros no nos importaba nada de eso, todo lo hacíamos por el amor de Dios y a aquellas pobres almas redimidas con la Sangre de un Dios.

En Larí los palenques son más grandes y espaciosos, tienen más útiles, las gentes son más industriosas. Fabrican muchas cosas, entre ellas hamacas que tejen las indias con dos palitos, haciendo redes de muy complicados tejidos, tan bien hechas eran que parecían fabricadas por gente civilizada, las redes de una vara de ancho por dos de largo de algodón. Para la hechura de esas hamacas tienen un palo especial como de tres varas de largo, de la flor de la cabuya. Vimos que en las alturas tenían vacas. El terreno no es tan quebrado. Tienen unos postes gruesos con unas hendiduras y una palanca atravesada para extraerle el jugo a la caña, no para endulzar la chicha, ni la bebida sino para beber el jugo solo. Vimos también un aparato pequeño para sacar el fuego sagrado. Es un madero con un hoyo en el centro con rueda que gira con rapidez, a manera de batir chocolate, así da vueltas hasta que aparece fuego en el hoyo.

ALTO LARI tiene para los indios muchos recuerdos, tradiciones de siglos pasados pues fue asiento de reyes. Este fue uno de los lugares más agrestes y difíciles de explorar. Una pequeña esplanada por un lado y peñascos por el otro. Por el único lugar por donde el enemigo podía evadir tuvimos que atravesar una valla de piñuelas de muchos metros de ancho. Por cierto que es un lugar muy pintoresco. Se ve que era algo especial. Encontramos muchos árboles frutales, tales como naranjas, aguacates, guacal, salsapote, una fruta muy sabrosa y no conocida, todos estos árboles muy viejos. Ahí encontramos dos palenques de indios. En toda la parte alta del Larí solo por una parte se puede bordear el río, y si está algo turbio es imposible pasar, pues los indios sólo en verano los pasaban, con grandes piedras al hombro, agarrados los unos de los otros así nos pasaban a nosotros y nuestras cargas.

En tiempos pasados los Bribris sostenían guerras con los Changuinolas, ganándoles siempre los primeros usaban coraza de conchas de tortuga.

Vimos un robusto parecido a la tuna, la fruta la sacaban al rescoldo del fuego luego la masticaban y sacaban un aceite que usaban en diferentes cosas. A orillas del río Larí, donde se empieza a subir vimos unas figuras como de piedra en forma de lagarto, preguntando por eso nos dijeron que eran cosas del diablo. Estos indios del Larí eran superiores a los demás en todo, más industrioses, más conocedores de la agricultura. Las indias no solo amamantan a sus nenes, ví el caso de una india que de un lado le daba a su nene y del otro lado a un cerdito. Las familias indias eran muy pequeñas, pues, muy pronto lo notamos, ellas cuando se encuentran en estado delicado se frotan el estómago con unas hojas y abortan muy fácilmente. Estas mismas hojas las usaban los varones para cuando estaban cansados de su mujer. Se frotan suavemente las piernas y la espalda. En todos los palenques hay montones de esas hojas, y de las higiénicas también tienen suficiente provisión. También fue allí donde vimos indios con cabellos blancos, cosa de mucha rareza entre ellos, aún con los más viejos.

Esta primera visita a Larí se prolongó durante un mes con muy buenos resultados. De allí regresamos a Sipurio.

Nuestra residencia había tomado un aspecto muy diferente. Una habitación para alojar a los indios, o sea, la futura escuela, mucho sembrado: plátano, ya había yuca, tiquisque, camotes, y un par de miles de matas de piñas. En fin teníamos hasta variedad de árboles frutales. Nuestra residencia era ya un paraíso. Pero nos faltaban visitar el alto Coen, quince días habíamos de pasar allí, otros quince días en Telire, tres semanas en Estrella y tres semanas en Boca de Sixaola. En Estrella los habitantes eran cabécares, aunque ya había muchos blancos y negros. A pesar de esto la comunidad de Limón con Estrella era muy dificultosa, casi como con Talamanca. El río estaba poblado de muchas fieras, tales como tiburones y lagartos, a las orillas enormes terciopelos y tigres. Tal era como estaba en ese tiempo el Río Estrella. Nos contaron los habitantes de ahí que en una ocasión, una pobre madre vio cuando una fiera cogió a su chiquita de unos tres años, ella corrió desesperada, pero al coger a su niñita por un brazo la fiera se fue con medio cuerpo y la madre quedó con la otra parte en sus manos.

En este viaje Monseñor logró preparar a seis cholitos para su Primera Comunión. La felicidad me embargaba, ya que se empezaban a ver los primeros frutos de nuestro empeño. Se había señalado un Domingo para esto, pero la capilla tan pobre, paredes de caña, techo de paja... yo debía de hacer algo para embellecer el altarcito. Corrí al bosque cercano y cogí de él algunas florecitas blancas como la nieve, y en mi imaginación vi lo bello que iba a quedar el altarcito, adornado con ellas, así es que subí al árbol y me apoderé de unas cuantas de ellas. Lo que me pasó en ese momento no podría explicármelo. Sentí que algo me dió un reventón tan brusco que caí al suelo. Cuando logré restablecer el equilibrio y darme cuenta de lo que era, vi a pocos pasos de mí una enorme terciopelo. Noté a las claras que estaba toreadísima, hocico abierto, algo enroscada, me miraba furiosa porque yo había caído encima de ella. Como no me mordió me alejé del lugar más que de prisa. En otra ocasión ví

que otra terciopelo había mordido a un indio y a las dos horas era cadáver. Fueron muchas las veces que me ví en semejantes peligros pero nunca pasé del susto.

Al despedirme de Monseñor Thiel en San José, para irme a Talamanca me decía lo siguiente: "Uds. los que trabajan en bien de los indios no deben temer nada, nunca les pasará nada". Y por eso recuerdo todos aquellos hechos. Cierta vez atravesando el río Uren que estaba muy crecido y yendo a caballo en medio del río se enredó una culebra entre mis piernas. En otra ocasión que llevaba la ropa hecha un lío, todo y calzado y el río me arrastró de tal manera, que de no haber sido por unos indios que se encontraban por allí, a estas horas no estaría estorbando. Todo se me perdió, no se adonde fueron a dar mi ropa o mis provisiones. Todos estos hechos son para mí como sueños lejanos, pero veré siempre en ellos palpable la mano de mi buen Dios, y en todos recordaba las palabras y las promesas de aquel Santo Obispo.

Volviendo a aquel domingo tan lleno de ilusión porque seis cholitos comulgaron con mucha devoción, de las flores no recuerdo si las cogí o no, por el susto que me había llevado. Faltaba la visita de Boca Sixaola, de la cual a Sipuro había una distancia de doce horas navegando corriente abajo, y corriente arriba cuatro larguísimos y penosísimos días de travesía. A ambos lados del río había viviendas en su mayor parte de indios, que vivían felices sin cuidado alguno, espesos bosques poblaban ambas riveras. La presencia del río era imponente y majestuosa. La pesca era abundantísima y la caza muy buena. Había miles y miles de cariblanco a ambos lados del río. Había que darles tiempo a los lagartos y tiburones pues si nos andábamos con descuido harían su agosto. Había que oír el bullón de miles de lapas, pericos por todos lados. Pero aquellas noches pasadas allá. Aquellos millones de mosquitos de todas clases que había en aquel lugar nos trajeron noches de tormento, que fueron sin poder tener descanso, interminables! Nuestros mozos como sabían muy bien por donde iríamos iban provistos de mosquiteros.

Monseñor iba visitando las viviendas. El viaje duraba más, pues las gentes que vivían a las orillas del Sixaola estaban más adentro de lo que creíamos, Monseñor Thiel ya antes los había casado y bautizado, de tal manera que lo que había que hacer con ellos era adoctrinarlos.

En uno de aquellos viajes fuimos prisioneros por unas cuantas horas de unas tropas colombianas, Monseñor Blessing cristianizaba a ambos lados del río, y al pasar al lado colombiano, las fuerzas colombianas nos apresaron equivocadamente, pero gracias a Dios, todo salió bien.

El río Yorquín, que es el más pequeño de los cinco que forman el Sixaola, estaba muy poco habitado, debido a las muchas serpientes que había. Por esta razón se alejaron de él los indios. Cuando terminaba la misión estuve por allí unos meses, me dí cuenta de la realidad por un cuadro. En un cuadro de veinte meses vi cuatro grandes tigres, el lugar era tan pintoresco tan bello, y aún así estaba abandonado por los indios, por lo que antes ví. El río cristalino, a las orillas toda clase de frutas, dando una apariencia bellísima. Así es que el lugar convidaba a quedarse allí, a pesar de los tigres. Pero yo no me quedé para hacer una experiencia.

Aquellos terrenos son muy parejos, la vegetación muy frondosa, todo muy especial, como para formar un hogar. Lástima fue el haber perdido una gran parte de aquella región, y fue muy mal costarricense el que la entregó, enarbolando la bandera colombiana.

Mientras tanto se iba acercando al fin del siglo, y a pesar de lo apartado del mundo civilizado de nuestra región, queríamos quedarnos para la celebración de tan fausto acontecimiento. En la mente de Monseñor había un gran proyecto, y era hacer una fiesta donde había convidado a todos los indios que pudieran llegar. Así pasamos la noche con una buena comida. Y al efecto se mataron unos cuantos cerdos de unos dos quintales cada uno, se alistó mucho pan y café, chocolate y muchas cosas más. La casa construida por el Padre

José, tenía corredores y capilla, había espacio para más de cien indios. Yo por mi parte había hecho un camino, desviando la dirección, de modo que los indios pudieran llegar a nuestra casa sin ser vistos de la Jefatura Política, que era a donde no iban con gusto. En nuestro jardín todo era muy hermoso y muy bonito, una gran cría de gallinas, una vaca lechera muy buena, una yegua para visitar a los indios más cercanos y atravesar los ríos con facilidad. Pero la fiesta sobre todo. El Padre José y el Hermano Clemente destazaban cerdos unos tras otros. Y no se crea que porque era para indios los iban a arreglar de cualquier manera, los limpiaron muy bien y en grandes ollas, que conseguimos entre los mismos indios, preparamos todo en un horno muy bueno importado de Bélgica. El café y el chocolate todo muy bueno, y para más atracción de los indios había tiros al blanco con flecha y cerbatana y daban premios al mejor tirador. El blanco era un pollo pintado en un lienzo, en medio de un pequeño círculo, donde debía dar la flecha y el bodoque de la cerbatana, el ganador recibía como premio una cachimba o una breva. Desde la víspera de este acontecimiento comenzaron a llegar indios en caravanas de diez o más personas, todos risueños y complacientes.

Se veía que estaban llenos de confianza hacia nosotros. Se preparó comida para cerca de doscientas personas y aún sobró, la capilla la habíamos arreglado lo mejor que se pudo. A medianoche teníamos dinamita para estallar. A las cinco de la tarde una indiada invadía nuestra casa o misión.

Monseñor Blessing no cabía de gozo. Todos estaban mudaditos, decentes, alegres, juguetones y los chiquitos jugando de un lado a otro, sin temor. Eran tantos que no cabían en la casa construida por el Padre José. Por suerte era verano y los alrededores de nuestra casa estaban muy limpios. Allí se acomodaron más de cien indios. A las ocho de la noche hicimos estallar unas cuantas candelas de dinamita, que se oyeron por toda Talamanca, hasta el último palenque. Ya habíamos dado una vianda de carne y plátanos a los que estaban allí. Después de las ocho repartimos chocolate y pan en abundancia. Algunos repitieron la ración. Para la misa de media noche no cupieron todos en la capilla pero todos guardaron recogimiento. En aquella Santa Misa Monseñor debió pedir mucho por sus indios, pues había tantos como no se había imaginado, y todos estaban orando por vez primera por aquellas almas. Después de la misa se siguió dando chocolate casi hasta el amanecer.

Al día siguiente se iniciaron los juegos de tiro al blanco, teníamos algo más de una docena de pollos, y todos fueron cobrados, junto con las cachimbas y brevas. Monseñor los puso a tirar de un mecate por ambas puntas, ganando el primer premio los más fuertes. Y en seguida otra comilona con carne y plátanos, de los que habíamos alistado veinte racimos, muchos sembrados por nosotros.

Por fin llegó la tarde y todos se iban retirando alegres, satisfechos. Las indias nos daban la mano alegremente.

Con aquella fiesta había terminado la desconfianza de los indios hacia los blancos. A menudo nos decían: "Uds. buenos, no malos". Creíamos haber echado los primeros cimientos para una escuela interna, la que Dios mediante, pronto empezaríamos. Las bancas las hizo el Hermano Clemente: las camas a modo de camarote, unas encima de otras. Buscamos indios para hacer una milpa. El primer día que empezaron el charral, mataron una gran terciopelo, un indio animoso y decidido se fue a los charrales para encontrar alguna otra, siempre andan dos juntas, la encontró en efecto, pero se le fue.

Así fueron estos tiempos en las visitas a los indios en las partes altas del Larí. Esta vez le tocaba a Monseñor Blessing rejuntrar cholitos para la escuela que se iba a fundar. Ya él y el hermano José tenían cuatro años de vivir en esta región de Talamanca. El Hermano José se burlaba de nosotros, porque siempre estábamos con achaques y calenturas de paludismo, hasta que un día, él, que había andado de un lugar a otro, dando clases, se despertó con fiebre alta. Era una enfermedad desconocida. Nosotros pasamos una hora de angustia, pues

estaba tan mal, que había perdido el conocimiento, fue bajando la fiebre y pudimos trasladarlo a Limón.

Allí mejoró del todo, pero le prohibieron volver a Talamanca. Así es que quedaba la misión sin su mano derecha, ya que todo iba a las mil maravillas. Muchos alumnos inteligentes y aplicados, pero vino la enfermedad de Monseñor y fue algo muy triste que no volviera. Eran muy pocos los sacerdotes a quienes les gustaba ir a Talamanca. Estuvo el Padre Acosta y el Padre Vetter, pero por muy poco tiempo. Este último casi se muere de una enfermedad.

Al día siguiente del estreno de la Capilla amanecieron seis bancas despedazadas, cuatro indios mordidos de serpientes, otros tantos heridos por ellos mismos. La víspera el taquillero reventó bombas y cohetes, como para herirnos, pero no tuvimos más que ofrecerle a Dios aquella humillación.

En 1906 recibimos la noticia más fatal y mala para nosotros, Monseñor Blessing fue nombrado Rector del Seminario, y tenía que abandonar Talamanca. Quedaba el Padre Enrique. El Hermano Clemente había pasado a mejor vida, después de haberse agotado con tanto trabajo y haber sufrido tantas enfermedades. Monseñor Blessing nos abandonaba pero quedaban en los corazones de todos las enseñanzas de aquel Santo Varón.

Habían pasado algunos años de la salida del Padre Blessing, cuando volvió, esta vez, con más coraje y más decidido. Para este tiempo el río Uren se había salido llevándose parte de la escuela, de la huerta y casa. Arrasó con la capilla y nuestra casa. Pero este buen Padre, que era fuerte como un roble, no se desanimó en lo más mínimo. Haría de nuevo todo, pero esta vez haría algo mejor. Buscó un lugar más seguro. Se construiría la escuela, todo de madera de laurel, que él mismo rajaría y alistaría para la obra proyectada, que sería escuela, capilla y casa cural y algo más. En esta tarea le ayudó el Hermano Ignacio. Era el que más aguantaba este tipo de trabajo, pues cuando el ayudante era de allí o nica, tenía más trabajo. Fueron muchas, pero muchas, las pulgadas de madera que él alistó. Se construyó la capilla mucho más grande, misión escuela. Fue mucho lo que este santo varón trabajó por el bien de los indios, y sin embargo fue calumniado de la manera más infame, hasta el punto de quitarle la escuela, después de haberlo perseguido. Pero, al poco tiempo le cambiaron por el Padre Maubach. Fue en este tiempo cuando llegó el cholito Juan Salas. Él se puso al frente de la escuela. Todavía había ilusiones, pues había un indio de pura raza haciéndose cargo de la enseñanza. Pero sólo un año duró esto. Pues, cuando noté que el Cholo Juan se había dedicado a tomar licor, con suavidad y de buen modo le llamé la atención, pues se acercaba Noche Buena. Cuando esto, él me contestó: "Para Noche Buena me pondré una buena juma". Este cholito era en extremo ejemplar en todo, estudioso, inteligente, nunca hubo que llamarle la atención por nada, hasta esta vez que resultó revoltoso y díscolo. Así fue como, una vez, tuve que acudir donde estaba como loco, furioso contra todo. A los tres o cuatro días llegó hecho una calamidad, cadavérico, con los ojos hundidos. Me pidió una medicina, pero yo lo mandé ahora a San José, con una carta para el Padre Juan. Pero toda esperanza se perdió. A los quince días el cholito entregaba su alma a Dios. Y así fue, como terminó todo lo trabajado y la abnegación de él para con todos los inditos. Por aquellos últimos días yo recorría todos los lugares, solos, tristes, recordaba las fiestas. Ahí donde había habido grandes palenques, con alegres muchachadas no había más que desolación y muerte. Se me venían a la mente grandes recuerdos del Padre José, cuando hacía grandes reuniones hasta de cien indios y pasábamos alegres. Del Palenque de Túnzula, de Antonio Saldaña, donde siempre había fiestas y alboroto, donde se veían alrededor grandes potreros donde pastaban vacas, ya no había nada, todo había terminado, hasta los árboles frutales estaban llenos de maleza, del palenque solo el esqueleto quedaba. Aquellos indios todos fueron víctimas del alcohol, esa diabólica bebida que a todos los indios hizo viciosos, pues no necesitaban mucho para embriagarse, con un poco ya estaban listos y así como al cholito Juan, vía a

todos arrojando espuma sanguinolenta por la boca, cadavéricos, heridos de muerte, así terminaron aquellos jóvenes que no habían llegado a los veinte años de edad; de los tres que habíamos llevado con nosotros a los padres Salesianos, el sastre, el carpintero y el mecánico: nunca volvimos a saber de ellos. Y esto que después volvimos varias veces a Talamanca, en los siguientes años.

Por los años 1912 y 1913, en Talamanca ya no había un solo cholito de las primeras tandas. Todos habían muerto degenerados por el maldito licor pues ellos eran muy sanos. Sólo hubo uno que murió de una fiebre muy alta, tendría doce años, era alumno de la escuela, pues en ese entonces llegamos a tener más de treinta y cinco inditos en la escuela. El Padre Maubach hizo todo lo posible para volver a levantar la misión, quiso que volvieran los tiempos en que todo era felicidad, pero sus esfuerzos fueron en vano, logrando solo que tuviéramos que regresar a Limón. Aún seguimos haciendo visitas periódicamente, pero sin resultados. Ya la Compañía Bananera invadió Talamanca y no había lugar para los indios.

Antes de terminar esta relación quiero contar algo muy especial de un personaje muy poco conocido de nosotros, me refiero al Usecra, o sea, al sacerdote indio, al cantor de los cantores, o jefe de los cantores, pues éste hacía las veces del sacerdote entre nosotros. La existencia de aquel personaje no la habíamos advertido por bocas de los indios, sino por la de otras gentes: negros o nicas, y esto después de mucho tiempo de vivir entre ellos. Cuando se les trataba de preguntar algo de este personaje cambiaban de conversación, se hacían los desentendidos. Se veía el temor que les causaba hablar de aquel sujeto. Con Antonio Saldaña, el penúltimo Rey de Talamanca, no había secretos. A cualquier hora nos invitaba, estuvo varias semanas con Monseñor Thiel en el Palacio y lo invitaba a comer en la mesa. El tal personaje de quien hablaba antes se llamaba Simeón, y según los indios, vivía en un lugar muy difícil de llegar, un lugar muy muerto. Pero Monseñor no perdía la esperanza de llegar algún día donde él. Hasta que un día me dijo que alistara viaje a donde el brujo. Alisté todo. Tres indios nos acompañaban. Así salimos, yendo siempre éstos adelante y nosotros atrás, pues nos había dicho (Monseñor) que si al llegar él donde dicho brujo, trataban de hacerle algún daño, que huyéramos y lo dejáramos solo. Aunque la advertencia era para todos los que lo acompañábamos por fin lo hubiera abandonado.

Llegó por fin la hora de la partida, nos armamos bien, con cuchillos, pues aunque íbamos en caza de almas solamente, sabíamos que en el camino muy bien podríamos tener dificultades y peligros. Así es que íbamos dispuestos a cazar almas y éstas no se cazan con armas, se cazan con la santa Cruz de Cristo. Tuvimos tres largas y penosas jornadas. la primera fue en una llanura, la menos pesada, pero ya la segunda fue más pesada, nos tocó el cauce del río Telire, cruce de un lado a otro, y la tercera desde que salimos de Sipuro, fue una quebrada aguas arriba, fue una muy penosa caminata. Todo el día entre la quebrada, resbalones aquí, caídas por allá, con el agua hasta las orejas. Los mozos pasaron nuestros bagajes sobre la cabeza para evitar que se mojaran. Así seguíamos y no llegábamos, ya era tarde, pero al fin nos dimos cuenta de que parecía haber gente por allí. A poco dejamos la quebrada y tomamos un trillo de hojas de pejibaye atravesadas en el camino, cosa de mal agüero, significaba que no debíamos seguir adelante, pues el brujo ya tenía noticias de nuestra llegada. Nosotros no hicimos caso, seguimos adelante y llegamos a un claro en el que había un palenque en el centro. Al llegar allí Monseñor se adelantó y le salió al encuentro una manada de perros, pero nada pasó, pura algarabía. Monseñor todo resuelto entró, yo lo seguía ¡nada extraordinario! En una hamaca estaba un cholote, grande, rollizo y muy tranquilo. En un lado unas cuatro indias junto a la fogata. Estas sí, parecían asustadas. Yo salí a llamar a los mozos que tenían temor de entrar. Para nosotros el cholote de la Hamaca era el Simeón, el gran Usecra, pues tenía todas las características de un Cantor, todavía más la robustez, el pelo hasta las orejas, nos miraba con fiereza. Monseñor trató de hacerle regalitos, pero él no aceptó ninguno, quiso hacer lo mismo con las indias y la misma cosa. Se

los dio de nuevo a los mozos. Nadie habló nada. No saludaron, nada nos ofrecieron. Primera vez que nos sucedía tal cosa en Talamanca. ¡Qué tristeza sentimos! Y teníamos que pasar la noche allí. No nos atrevimos a cocinar, ni mucho menos a celebrar la Santa Misa. Al día siguiente muy temprano abandonamos aquel lugar tan ingrato. Monseñor extendió la mano para despedirse del indio, pero este volvió la cara, haciendo un gesto repugnante. Los regalitos del día anterior rodaron por el suelo.

De cómo hacían los indios para ladear aquellos ríos tan caudalosos hay que pensar eso. La divina providencia dejó también a los indios los medios y facilidades para pasar la vida, y ellos, que no eran nada tontos, se hacían todo muy fácil. Nunca supimos que un indio se ahogara. Cuando un río estaba un poco crecido no dejaba de atravesarlo. Para esto se ponían al hombro una piedra de unas cincuenta libras. Ellos se sumergen y las aguas del río no los arrastran en absoluto. Además usan el sota caballo, no sé si atrás expliqué esto pero les diré lo que es, y que vimos una vez en Larí, es una hamaca natural hecha de bejucos sembrados dos a cada lado o mejor dicho, cuatro bejucos que forman el piso y el pasamanos. Esto iba entrelazado, un trabajo muy interesante, tarea de indios e indias. Los bejucos eran como chicotes de amarrar barcos de gran escala. Era tal la profundidad que el río apenas se oía. Soportaba mucho peso, no sólo quintales, se cargaban toneladas y no tenía dificultades. Al preguntarles a aquellos indios, cuantos años tendrían de hechas aquellas hamacas, nos dijeron que ni se acordaban, pues cuando vinieron al mundo ya existían. Y esto les evita mucho rodeo en el río, ya que a un lado y otro de este puente no había más que precipicios. También les servía de mucho en las cacerías y pesca. Alto Larí y Uren tenían mucho indio, pero no había cacería, ni pesca. En las márgenes del Sixaola sí abundaba la pesca, tal que de otras regiones organizaban expediciones para este lugar. Se proveían de suficiente parque, flechas, plátanos y chicha. Al llegar al lugar elegido hacían ranchos techados con hojas de bijagua, alistaban mucha leña para todo el tiempo que estuvieran, con maderos hacían camastros para ahumar la carne, la que colocaban sobre varillas delgadas, tapadas con bijagua para evitar los moscos y para que quedara bien ahumada. Otras clases de carnes que les gustaba mucho y también preparaban al humo eran perdices, pavas y monos, a los que enteros los desplumaban y destirpaban enteros, por cierto que esta carne no es de mal gusto y nunca se pone hedionda.

Sucedió que algunas veces sin terminar los preparativos se venían encima partidas de cariblanos. Para estar prevenidos para esos ataques, lo primero que se hacía era un tapezco muy fuerte para subirse los mismos indios. Esto sucedía con alguna frecuencia. Así que en caso de una invasión teníamos bastante carga, ya que les matábamos cincuenta y más, pues eran manadas de miles y muy fuertes. Un grito o un ladrido de un perro los ponía furiosos y más el disparo de una arma de fuego. Si caía uno herido trataban de levantarlo con la trompa, y así para recoger lo que nos quedaba teníamos que guardar silencio por un par de horas, pues se quedaban y no se iban. En estas regiones y en esos tiempos la cacería era muy buena, mucho animal y muy mansos. Las partidas de monos sí infundían temor, pues después de largo rato de contemplarnos se ponían a tirar ramas desde arriba. El cómo despellejaban un mono era muy curioso e interesante. Lo hacían en el fuego. Una vez que una india estaba chamusqueando uno, un sabio alemán se pegó tamaño susto, creyó que era un niño lo que estaban quemando. Cuando los cazadores tienen ya suficiente carne, avisan a sus familiares, los que están ansiosos esperando la señal que es la siguiente: en las colinas que hay en las bajuras hay unos claros donde no hay árboles; ahí hacen un cobertizo de hojas de bijagua al revés. Al día siguiente amanecen como si les hubieran dado una mano de cal. A lo lejos parece un techo de zinc. De las partes altas ven muy bien esta señal. Así se iban cuesta abajo todos, incluso niños, ya que no era poca la cantidad que había que transportar, eran toneladas. El mal tiempo no les atajaba a ellos para nada. Las hojas de bijagua que fue una de las cosas más buenas que la Divina Providencia les dio les servía para todo. Como son tan

grandes de 1 1/2 metros de ancho por 2 metros de largo; habiendo también platanillo de 3 metros de largo por 2 de ancho, las hojas de bijagua las utilizaban para vestimenta, se las amarraban a la cintura y así lloviera o tronara nada les pasaba.

Para ellos la fiesta mejor era la pesca, casi como la cacería. Creo no exagerar si les digo que la pesca era por toneladas, dada la abundancia en el río en la parte plana, donde es muy fácil cambiarle el curso. Los varones ataviados todos con plumas, collares de dientes de tigre, franjas rojas en los costados y en la frente. Aquellas luminarias hechas con rollos de caña brava seca. Y como esto sucedía en pabellones limpios de charrales, no tenían el peligro de serpientes, ni tigres. En cambio del río lo hacían donde había comodidad, mejor dicho donde otros años lo habían cambiado. Primero alistaban el material apropiado para el caso, horquetas, varas, bejucos, hojas de bijagua y caña, porque el día que había que potrancar, había que hacerlo muy rápido, porque el pez se daba cuenta del acercamiento de gentes y escapaban. Hacían atados de caña rajada en forma de estera, de unos tres a cuatro metros de ancho; así bien amarradas impedían que los peces se escabulleran sobre el enrejado se ponían hojas de bijagua y platanillo. A los quince minutos de estar trabajando había que ver los peces como trataban de escapar, ya aguas arriba, ya que aguas abajo... (?) entre las piernas de los indios. De esta manera se ponían ya a la tarea de la pesca, la que no hacían con cuchillo ni con la mano, para eso tenían las flechas solamente; son fuertes y cortas. El extremo donde se pega a el pez es de pejibaye, de la parte más dura que tiene éste, y el otro extremo de verolís, a lo que debe balancear uno y otro extremo, muy bien unidas ambas partes por medio de amarras de pita que se enrolla hacia la parte donde se dispara la flecha, la fibra de pita está muy untada de cera. A pesar de que los peces son tan brincos, los indios no perdían tiro. Las indias, por otro lado, están recogiendo los peces ya muertos y pasándolos al ahumadero. El pensar que los indios eran tontos es un error muy grande, ya que ellos se rebuscaban la vida del modo más fácil que encontraran. Por ejemplo, cuando el río esta crecido o sucio, pescaban con redes como las de cazar mariposas, despacio en el remanso, y al levantarla lo hacen con una rapidez extremada y no es raro que entre los peces cogidos en esta forma se encuentren dos o tres atravesados por flechas. Tampoco se puede decir que son sucios en su persona o en sus comidas, no crean que ellos comían la carne con tripas o comidas en mal estado, ni andan jamás sucios ni hediondos, antes les dije como traían a sus niños, pues así andan ellos, se bañan a menudo, tienen siempre abundancia de hojas higiénicas las que usan para varias cosas, para dormir, sólo los cerdos y los perros duermen dentro del palenque y estos nunca ensucian dentro, ya están acostumbrados a ser limpios, además que los palenques son grandes y los indios no duermen con los animales cerca, allá se arrinconan lejos de ellos. Les contaré algo de lo más grande entre los indios, se trata de la coronación de la reina en el palenque de Tunsula, por más esfuerzo que he hecho a mi memoria no llegan bien exactos los hechos de tal acontecimiento, pero sí me recuerdo que fue algo grandioso, soberbio tal como dijo un norteamericano que se encontraba con nosotros, esto es digno de presentarlo ante los reyes de Inglaterra, este mismo macho calculó la asistencia de más de dos mil indios, había de Changuinola, de las regiones del Estrella, todos los indios de todas las regiones estaban presentes para este grandioso acto, pues los indios donde oyen hablar de comedera sobre todo de carne, no se fijan en distancia, ni en peligro, ellos llegan como sea. La animación era tan grande, los cantores lucían sus mejores galas, hasta tres collares de dientes de tigres, sendos bastones de cacique, los zuquias con su modo de andar, los que querían competir con los cantores con sus sendos penachos de plumas blancas. La repartición de comida en grandes platos de hojas de bijagua (no con la de techar los ranchos, esta se usa para mortaja y ataúd de los muertos), enormes fogatas sosteniendo grandes ollas a un tiempo que destazaban hasta cuatro reses, cerdos, chompipes, gallinas, por otro lado una docena de indias alistando el maíz para la chicha, unas lo molían otras lo masticaban para el fermento, también muchas pelaban montones de racimos de

plátanos los que traían cada uno de sus casas. Las atenciones eran en orden, primero de manera muy especial, los cantores, para ellos, las gallinas y los chompipes, en segundo lugar, los zuquias y de último el público, pero falta decirles que primero estaba el gran cantor Simón, el jefe de todos ellos, que era el que hacía las veces de Obispo, ya que los zuquias eran los médicos. Esa noche el pobre Simón andaba algo preocupado, probablemente que le molestaba nuestra presencia, estaba rodeado de cuatro o más indias, de seguro eran mujeres de él, pues parecía que tenía seis o siete y más, por esta razón le tenía miedo al misionero. Entre las nueve o diez de esa noche, ya empezó algún movimiento especial, ya estaba todo bastante oscuro y se había repartido mucha comida, empezaban a iluminarse todo con antorchas de caña y los fuegos encendidos a la vez que aparecía una multitud de indios transformados, sin camisa, con franjas rojas en los costados, en la frente y en las mejillas y vistosos plumeros. Antonio, el Rey, llevaba triple plumero rojo, verde y blanco, llevando las seis águilas de oro sobre el pecho, la reina que iba a coronarse, no llevaba ningún distintivo, era hermana de Antonio y madre de Josefina, el futuro Rey, estaba sentada en una hamaca nueva. Después de la iluminación, hubo un ensordecedor redoble de tambores, 100 indios tocaban al tiempo que cantaban la misma música monótona y lúgubre; dentro del Palenque no había ni la mitad de los indios.

La reina era agasajada por todos, desfilaban sus vasallos que le tributaban los más grandes honores, al pasar junto a ella, todos murmuraban algo, a lo que ella contestaba. El primero, que la saludó fue el Usecra, al que siguieron los cantores y los zuquias, quedando de último el pueblo. El Rey Antonio fue el único que no presentó vasallaje, aquella noche lucía ropa medio salvaje, más parecía un cacique. Aquella ceremonia duró toda la noche, pero los indios pudieron desfilan, ya que estaban asueñados y habían tomado mucha chicha, por lo cual transtavillaban tropezando unos con otros, en los rincones se veían unos encima de otros ya dormidos, al día siguiente cada indio buscó su casa. Creo que de Tunsula no ha hablado nada, es un lugar de mucho movimiento, había varias casas las que diremos modernas, estaban hechas de caña las paredes y el piso, a lo que llaman tambor, porque Antonio se daba aires de gran hombre, de contextura muy fuerte, carácter afable, muy atento cuando conversaba con nosotros, con un traguillo en la cabeza era lo más charlatán, fue uno de los que más aguantaron el licor, pues ya se sabe que el indio Josesito, antes de cumplir los veinte años, sucumbió por esta bebida, ambos vivían en Tunsula con la reina y esta era la causa del mucho movimiento, había en este lugar algo de potrero, vacas, caballos, cerdos, carracos, chompipes, gallinas y muy buenos naranjales. De Túsula a Sipurio se gastaba una hora a pie, de Tunsula a Coen hora y media donde sus habitantes eran los bequers, de costumbres y dialecto diferentes. Los de Coen y Telire nunca comían danta, pues tenían la creencia de que sus parientes reencarnaban en ellas y por eso abundaban, era muy grande el respeto que les tenían, había vez que un animal de estos se apoderaba de un rancho y muy bonito, los indios se iban a otro lado y formaban otro, también era lo mismo con sus siembras, había vez que al oír cortar un racimo de plátanos se abalanzaban sobre el que lo tuviera y se lo quitaba; en cambio los bríbris, las persiguen hasta un día, la carne es muy apetecida por ellos, y no van a Coen a cazarlas porque los cabequeres se lo impiden. Hay quienes creen al indio cobarde, yo creo lo contrario y les narraré lo que con mis propios ojos pude ver. En la Estrella hubo un crimen horrendo en el cual un hondureño asesinó nada menos que a cuatro personas, la mujer con quien vivía, la cual estaba en estado delicado, la suegra y un hijo, de último para completar la obra mató al pobre perro. De esto se avisó a las autoridades de Sipurio, las que a la vez avisaron a los indios, a pocos días de esto, en el Alto Larí, en el último palenque una tarde llegó un individuo preguntando cuál era la vereda que conducía a Buenos Aires, le dijeron muy claro el camino, contrató para que le sirviera de baquiano a uno de los indios con el que saldría al siguiente día muy temprano, pero él no se imaginaba lo que le iba a pasar, todos los habitantes del palenque eran dos hombres y tres

mujeres, cinco en total, ellos se habían dado cuenta del crimen y les entró una sospechilla por el recién llegado, cabilaban si sería o no sería, ya que este iba bien armado, llevaba encima un revólver con cinco tiros, un rifle con una bala de una onza, un puñal muy puntiagudo y un cuchillo muy afilado, todo esto no acobardó a los indios, los que ya casi seguros de sus sospechas preparaban los planes para la captura del criminal; pues bien, ya tenían todo preparado y a actuar, en cuanto oscureció encandilaron bien el fuego, luego los dos indios y la india más fuerte agarraron al sujeto, mientras las otras dos lo desarmaban, inutilizaron para amarrarlo; claro está que éste se resistió mucho, los golpeó, los pateó y hasta un pobre indio resultó herido en un brazo al tratar de desarmarlo, pues el hombre hallándose perdido, le atascó un soberano mordisco en el brazo, pero todo salió muy bien, tal como ellos lo habían planeado, lo durmieron muy bien amarrado a un poste y al día siguiente, muy ufanos llegaron con el reo, que en realidad era el asesino buscado; éste tenía los brazos hinchados pues lo habían amarrado muy fuerte, pegando casi codo con codo, y para que se convenzan más de la valentía de éstos les haré un segundo relato en el que tomaron parte dos indias y dos nicas, un día Cabo José y Ambrosio Peña, así se llamaban estos personajes, llegaron de visita donde dos indias que vivían solamente con un indio; para congraciarse con las cholitas, había llevado licor, pues esto ya no faltaba nunca, esto ocurría en Yorkín, pues bien empezaron a beber, ellos les daban a las indias, pero estas que no eran nada tontas, muy disimuladamente lo botaban en otro traste, ellos bebieron hasta estar muy atarantados, pero entonces ya la cosa cambió de aspecto, los nicas empezaron a molestar y a faltar a las cholitas, ellas revestidas de valor cojieron un leño cada una, les dieron una gran paliza y luego los amarraron así; los nicas me rogaron que intercediera por ellos, pues las indias no querían soltarlos, yo que estaba muy cerca de ahí cuando pasó ese incidente, no me había dado cuenta de nada, cuando yo me di cuenta de cómo estaban aquellos hombres, me horroricé, daban compasión, pues Ambrosio tenía los ojos amoratados estaban todos llenos de cardenales y tenían la ropa empapada en sangre, yo los solté sin preguntar nada a las indias, los pobres no podían ni pararse, tenían los brazos y los pies hinchados, pues las ligaduras estaban tan socadas que tenían casi en carne viva donde éstas se ajustaban, yo le pregunté al indio que vivía con ellas que era lo que había pasado, él no supo decirme la causa por la cual los había maltratado tanto, pues estaba en los alrededores y cuando había llegado al rancho ya los pobres estaban bien amarrados, las indias estaban propuestas a que se llamaran a las autoridades, me costó mucho convencerlas de que no lo hicieran, les hice ver que aquellos dos hombres no llevaban armas de ninguna especie, ni siquiera cuchilla de bolsillo y que vieran en el estado que se encontraban, ya que ellas no tenían el más leve rasguño o golpe, y por esto a ellas las hubieran castigado, a fin de cuentas me los llevé a otro rancho donde los curé y les conseguí alimento, le lavé bien la herida de la frente y así que se repusieron un poco los acompañé a Sipurio. Lo que me divertía era lo que pasaría cuando el cabo José llegara donde vivía, con las ropas hechas una melcocha de sangre y todo golpeado, ya que él vivía con una india, me pensaba yo, qué pasaría cuando se diera cuenta que había sido otra india, pero yo los dejé ahí cerca y no me di cuenta de más nada. Hubo otro caso en que los indios desarmaron a dos polizontes de servicio de Sipurio, pero esta me causa repugnancia entrar en pormenores, ya que estos infelices se creían que los indios no eran de carne y hueso y trataban a los pobres indios como animales salvajes y los hacían trabajar como bestias, ellos se creían con todo derecho a maltratar a los pobrecitos indios de la manera más infame, el que desarmaron llegó corriendo donde nosotros a pedirnos auxilio, nos dijo que los indios se habían sublevado, pero nosotros que sabíamos muy bien con quien tratábamos, ni siquiera le hicimos caso, dimos media vuelta y lo dejamos solo, que él se las arreglara como pudiera.

Quien quiera saber algo sobre la actuación de las autoridades en Sipurio un poco antes de llegar nosotros que busque un folleto publicado por un señor botánico llamado Adolfo

Tondus, este folleto lo leí en el antiguo Palacio Arzobispal todavía en vida de Monseñor Thiel.

NUESTRO PERRO NOS PROCURABA CERDOS SILVESTRES

A nuestra llegada a Sipurio de Talamanca, habían muchos cerdos cimarrones, o sea alzados, teníamos un perro muy hermoso el que a menudo nos traía uno y así nos proveíamos de carne. La manera de traerlos era la siguiente: una vez que localizaba uno, lo iba como arriando, atajándolo hacia nuestra residencia, cuando ya en el patio de nuestra casa lo agarraba del cogote y zaz, le metíamos el cuchillo y era nuestra presa. Un día traía una hembra muy hermosa muy gorda, la lucha era muy reñida, mi compañero pensó que un balazo era peligroso por el perro pues lo podíamos matar y entonces cogió un hacha agarrándola del cabo a dos manos descargó un tremendo golpe pero con tan mala suerte que en vez de descargarla sobre la cerda la descargó sobre el pobre perro. Pocos minutos después nuestro pobre perro era un cadáver y la cerda retozaba en la selva.

UN MORDISCO FATAL Y UN PADRE BIEN PARECIDO

En Sipurio acostumbraban algunos blancos poner bailes para Noche Buena, a aquellos bailes acudían en gran número los cholitos y cholitas. Para guardar el orden enviaban un polizonte el que por lo general pasaba de borrachera toda la noche. Cuando las cholitas estaban un poquito encumbradas pedían a los concurrentes tragos y más tragos y hay del que no les daba. Hacía media noche la india Victoria, la que era hija del Cacique, pidió trago al polizonte el que accedió pero a cambio de un beso, el polizonte sis sospechar nada malo acercó el labio al de la chola la que le propinó no un beso sino un terrible mordisco y tal fue el mordisco que el labio inferior le quedó colgando.

Entre los misioneros que fueron a Talamanca había uno muy joven y muy bien parecido, se llamaba José; el Padre José era sumamente amable con los cholitos, un día estaba rodeado de cholos y lo tenían asediado a preguntas, oí preguntas —¿Vos qué ser, hombre o mujer? y sin más ceremonia trataban de alzarle la sotana lo que él trataba de impedir con amabilidad y dulzura.

LA LORA REZADORA Y MALDICIENTE

En Sipurio de Talamanca teníamos una lora muy hablantina pero entre las particularidades que tenía era que rezaba Santa María, Padre Nuestro y hasta cantaba; no se cómo llegó a oídos de ciertas monjas la fama de nuestra lorita y cada vez que nos veían o tenían ocasión nos expresaban sus deseos de tener una lorita como la nuestra, y como las monjitas eran tan buenas con nosotros, pues ellas nos preparaban la ropa blanca para los divinos oficios y no nos ganaban nada, el Padre Misionero dispuso regalarle la lorita. Alistamos una pequeña jaula y mandamos la lora, el viaje era largo, en bote por el río Sixaola, sobre el lomo de mula, sobre lancha, en mar, ferrocarril hasta Cartago. La llegada de la lorita al Convento fue una fiesta, le tenían una casita lo más corronga, la cuidaban con todo esmero pero pasaban los días y la lorita no hablaba, las monjitas impacientes le recordaban las oraciones que antes pronunciaban, pero nada. Pero un día de tantos las buenas monjitas despavoridas, horrorizadas tapándose los oídos, porque aquello era una boca del infierno, la famosa rezadora se soltó a hablar pero aquel vocabulario era algo que aquellas buenas monjitas no estaban acostumbradas a oír. El fin de la lora yo nunca supe de él.

A DOS CARRILLOS Y CON DOS MARIDOS

En Siroles vivía un señor muy popular llamado Justo Rodríguez, ahí se daban cita todas las indiadas de Talamanca, hasta el gran Usekra llegaba ahí con toda confianza. La atracción de los indios era que Don Justo era muy espléndido, mucha comedera, ahí no faltaban las grandes tasajeras de carne de venado, cariblanco, zahíno y muchos otros animales. Una tarde en un rincón de la casa en que había mucha reunión de gente había muy disimulada una cholita como vuelta para la pared, se ocupaba de amamantar a un chiquito, oculto bajo un trapo tenía algo que se movía y que al parecer también mamaba, por fin pude averiguar que era un cerdito, es decir, que mientras de un pecho amamantaba al cholito, en el otro era un cerdito.

Un día llegaron dos cholitos y una cholita. Traía la cholita dos cholitos, uno de pecho y otro más grande, querían casarse los dos cholos con la chola, naturalmente aquello era imposible, al preguntarle a la chola cuál era su marido, ella señalaba los dos, ¿y estos chiquitos de quién son?, era uno de cada uno de ellos; los cholos querían la chola, por su parte ella también quería los cholos, no fue posible al Padre Misionero arreglar tan embrolloso asunto y tuvieron que irse por donde vinieron.

POLIGAMIA O PILIANDRIA?

Cuando el padre Misionero llegó a Chirripó, en primer lugar reunió a todos los cholitos para explicarle los deberes del cristiano, una vez terminada la explicación había que casarlos y al efecto los colocó a todos en fila, pareja por pareja, pero al parecer sobraban mujeres, al preguntarles por sus maridos señalaban a los de la fila aunque aquellos ya tenían su mujer, pero es que algunos tenían 2 y 3 mujeres, al llamarles la atención el Padre Misionero, los cholitos protestaban de que si no era con las 2 o 3, que ellos tenían que mejor no casar. Otra pareja estaba en línea ya lista para el casamiento, de repente el cholo dijo que mejor no casar hasta que él buscar otra mujer más joven, a pesar de que tenía al lado la india con la que hacía varios años vivía.

NATURALISTA IMPERTERRITO

En Sipurio de Talamanca un día llegó un cholito donde el Padre Misionero, por toda vestimenta tapa rabo y camisa un poquito más abajo de la cintura, al ver aquella figura el misionero se llenó de horror y trató de taparse la cara para no ver aquella indecencia y que no volviera sin pantalones puestos. Pocos días después vuelve el cholito sin los pantalones, nuevos regaños, nuevas trapiadas y en ésta casi le pega y lo empluma, a ponerse los pantalones y cuando por tercera vez volvió el cholito traía el pantalón, pero no puesto, sino arrollado al cuello a modo de corbata.

EL ENAMORADO INFORTUNADO

Hacia orillas del río Sixaola vivía un sujeto muy torcido en amores, pero un día de tantos encontró una cholita la que le ofreció acompañarlo con tal de que hiciera una bonita vivienda, aquellas eran techadas de paja, tabiques de caña y pisos y mi buen hombre todo ardor se puso a construir una y estando ya terminada sin que antes pudiera la beldad estrenarla. Hay por aquellas regiones unos animalejos, unas grandes avispas las que en dos por tres se posesionan de una vivienda formando grandes panales en el techo o sea bajo el techo, las que entre ellas forman a menudo pleitos cayendo el piso entrelazadas saliendo los habitantes las más de las veces pinchados.

Un día llegó un intruso adonde mi amigo pidiéndole posada la que gustoso se la dio, el intruso al contemplar aquel enjambre de bichos en el techo, propuso al dueño quemarlos. Pero cuidado me quemás mi rancho, este rancho me ha costado mucho, mañana voy por mi querida, ella viene a estrenarlo, le tengo una gran tasajera de un marrano que maté muy gordo, le tengo muchas gallinas y pavos. A muy temprana hora mi muy feliz Don Gabino, pues así se llamaba mi buen hombre, se encaminaba hacia donde su amada para que viniera a conocer el lindo nido que le tenía preparado, entre tanto el intruso al verse solo pues lo había dejado cuidando, se propuso hacer una quemazón de avispas, a la punta de una varilla amarró unas tusas muy secas y empezó su obra y cuando más entusiasmado estaba le cayeron un gran número de avispas a la cara que en vez de jalar la varilla hacia abajo la introdujo en el techo, hacia adentro había 25 libras de pólvora y una lata de querosene. Don Gabino al oír la explosión corrió, no a apagar, sino a matar al autor.

AVENTURA CON UN OSO CABALLO

Allá en mi lejana juventud teníamos un vecino llamado Víctor Marín, el que me echó unos cuentos fantásticos de fieras, animales que poblaban nuestros bosques y según él había que evitar encontrarse con dichos animales si no fuera bien armado, y como a mí me tocara a muy temprana edad ir a Talamanca acompañando a los Padres Paulinos Alemanes a cristianizar los indios estableciendo nuestro centro en Sipurio, el cual lugar estaba rodeado de bosques muy tupidos. Una tarde cojí la escopeta y después de dar vuelta y me interné en el bosque, a muy poco andar vi algo que me heló la sangre, un animal, un montonazo de mechas, que se movía en dirección a mí, aquello me era como un fantasma, las fantásticas historias del Sr. Marín me vinieron al recuerdo, la tal fiera tendría un metro de largo por uno de alto, era todo un mechero que le caían hasta el suelo, la cabeza terminaba en hocico puntiagudo, las manos delanteras terminaban en un potente garfio cada uno, las dos patas de atrás exactamente pies humanos. Muñecas fornidas, la lengua terminaba en una pluma, este animal anda a veces con sólo los pies de atrás, al encontrarme en semejante aprieto no recuerdo si recé o no, pero ahí no tenía escape, había que hacerle frente a la situación y recordé que Marín decía que a este animal no le entraba bala y haciendo de tripas chorizo me preparaba hacerle frente, el rifle era de dos cañones cargado con bala gruesa y el animal apenas estaba de mí unos 10 pasos, no había más quite y disparé, el animal avanzó rápidamente hacia mí, fueron segundos de angustia, de agonía, de muerte, pero todo pasó rápidamente el animal pasó junto a mí rosándome, sin hacerme ningún daño. Cuando este suceso yo no tenía más que 17 años acabados de cumplir.

LA MULA LECHERA

En una finca cercana a la capital se me encomendó el ordeño de unas vacas, eran unas 6; el primer día pasó bien, en el corral donde se ordeñaba había una carreta sobre la cual había un balde grande para vacear la leche, vacié yo la leche de la primera vaca y fuí a ordeñar la segunda y cuando vine a vaciar la leche de la segunda la leche de la primera había desaparecido y grande fue mi preocupación por tal percance que pasó con la primera leche había desaparecido sin saber cómo. Mientras ordeñaba la tercer vaca me puse en asecho, pero nada, las vacas todas estaban amarradas; únicamente a cierta distancia una mula me echaba miradas algo maliciosas y como con disimulo y de reojo a la mañana siguiente tuve cuidado de vigilar al vacear la primera leche, entonces ví que la mula con algún disimulo se iba acercando a donde estaba la leche y cuando trataba de meter el hocico dentro del balde la agarré a leñazos pues era la maldita mula de la golosina.

MI AVENTURA CON LOS MONOS DE LA SELVA

Como a mí me gustaba tanto andar por los bosques viendo a ver qué de nuevo encontraba, un día cogí el rifle y me encaminé al bosque. Aquellos bosques eran inmensos, miles de hectáreas entre territorio colombiano, en aquel entonces 1896, y costarricense; enormes garrotones de muchos metros de alto albergaban miles de animales salvajes y yendo yo escopeta en mano vi en lo alto de un árbol una manada de monos; en un principio eran poquitos pero poco a poco fueron llegando más y más, de tal manera que en muy pocos minutos eran centenares, parecían animados por la curiosidad de verme, contemplarme, tomaban diferentes posiciones como si se dieran empujones unos a otros, pareciera no querer desperdiciar un momento sin ver mis movimientos, ponían la cabeza uno encima de otro. En ese momento hice algo que no debía haber hecho, fue disparar un tiro, prorrumpieron en un grito como protesta aunque yo no había herido a ninguno, para suerte mía a mi lado había un árbol con una cavidad al que me amparé, pues acto seguido aquello fue una lluvia de ramas secas, cacas, orines que si no hubiera sido el dichoso árbol quien sabe cómo me va, cada cual procuraba tirar más cerca de mí sus porquerías y orines y aquello duró varias horas, suerte mía fue el que no trataron de bajarse, yo calculé que aquella reunión era de algunos miles.

EL MONO GOLOSO

Y aquí va algo de un mono doméstico. El Sr. Gencies Matueus tenía un mono doméstico aunque siempre encadenado por travieso, y era un ejemplar muy hermoso por el mucho cuidado y chineo en que lo tenían, un día en que se ausentó el dueño y el maldito mono logró soltarse, el Sr. Mateus tenía un negocio de pulpería en la cual el mono se dio gusto destrozando, despedazando cuanto encontrara a mano; en sus trasteos se encontró con una garrafa de licor la cual estaba llena, la destapó, aplicó la nariz y como que le gustó metía la lengua, las manillas, pero no podía llegar al líquido, por fin metió la punta del rabo y entonces así con gran placer se lo chupaba y siguió repitiendo la operación pero esto no le satisfacía y dispuso volcar la garrafa la que estaba sobre un estante, brincó al piso donde quedó emposado y ahí con gran satisfacción bebió lo que pudo, pocos minutos después estaba completamente dormido y fue cuando lo pudieron amarrar. Había una cerda con cerditos pequeños, cuando se le arrimaba alguno al árbol donde estaba amarrado estaba listo y cogía uno y rápido se encaramaba al árbol con el cerdito donde permanecía horas enteras jugando con el pobre animal, a veces los dejaba caer desde mucha altura en que las más de las veces resultaba muerto el pobre animal.

LAS MULAS GOLOSAS

Hace muchos años cuando carecíamos de transportes y ni siquiera ferrocarril, el transporte de marquetas de dulce entre Juan Vías y Cartago se hacía por medio de mulas (producto éste para elaborar el licor sacado de la caña) la cantidad de mulas era muy grande, como un centenar. Cada arriero tenía a su cargo unas 10 mulas, cada una de las cuales le cargaban 3 quintales de marquetas empaquetadas en redes. Al llegar al río Birrís hacían alto para almorzar los mozos, las pobres mulas tenían que esperar con la carga sobre el espinazo, pero ellas no eran tontas y mientras los mozos almorzaban las mulas no perdían el tiempo, se agarraban unas a otras de las redes a mordiscos y ellas también almorzaban.

LOS BOSQUES Y LOS ARBOLES AL FILO DEL HACHA

Hace muchos años vengo haciendo propaganda a favor de nuestros bosques repartiendo semillas, llevando plantas de una parte a otra y para dar ejemplo en una orillita de mi propiedad entre Pacayas y Capellades traté de hacer un bosquecito ideal, yo soñaba con un paraíso, tenía barras de roble de unos 10 metros, jaúles, palmitos de unos 3 metros de alto, los jaúles eran muchos, gruesos y altos, pero me vino la desgracia, de momento me lo pidieron para un campamento y arrasaron con todo; mis fatigas, mis sudores desvanecidos en pocos minutos. En estos días pasé por la finca del Seminario en Paso Ancho o San Sebastián, con triste melancolía contemplé unos troncos de cedro amargo; fueron árboles que yo ayudara a sembrar 50 años atrás a iniciativa del muy querido y recordado Padre Paulino don Federico Rosemberg que de D.G. y digo con tristeza porque no vi repuestos hace muchos años. Trabajo y lucho por mi ideal que no se destruyan bosques sin reponerlos antes. Los palmitos, los riquísimos palmitos, por su propaganda que hago me tratan de loco, al Nuevo Gobierno yo quisiera infiltrarle, quisiera inculcarle y ponerlo muy alerta con esta destrucción que se lleva a cabo, pajaritos y bosques; castigos muy severos contra los infractores, esos rifles de aire que me tienen muy preocupado, aquí no hay nada que valga la pena. Las piapias dañinas nadie las mata, las que se debían destruir; me atrevo a pedir a la sociedad protectora de animales hagan algo para impedir esta destrucción de pajaritos que tan despiadadamente se lleva a cabo.

NUESTROS PAJAROS EN CAMINO DE EXTINCION

Hace algunos meses publiqué algo referente a la destrucción de pajaritos, destrucción que se lleva a cabo sin piedad alguna y siendo esta la causa según mi entender de la plaga de moscas, la que ya no es solamente en la capital sino en muchas partes, Cartago, Pacayas, Capellades, y en muchísimas partes de la República. Yo pregunto a esos jóvenes de buena presencia, de galán vestir que en pandillas los domingos rifle en mano o con fondas invaden cafetales, cerros, potreros y cuando ven un pobre yigüirro corren desaforados a matarlos, yo pregunto qué daño les ha hecho ese pobre pajarito, por qué destruirlo, por qué arruinarlo; y yo digo, si no se toman medidas muy enérgicas, si no se imponen castigos muy severos a estos causantes de tantos daños, quiera Dios que cuando se quiera reparar el daño no sea tarde y ahora para colmo de males he visto en algún almacén rifles de aire muy baratos, con la venida de estos rifles está decretada la muerte de todos los pajaritos y aún tal vez algún ser humano tenga que sufrir alguna mala consecuencia a causa de los mismos. Allá en las faldas del Turrialba hay todavía el bellísimo quetzal y como ha habido quien los pague bien, los cogen de la siguiente manera; cuando anidan, están anidando la hembra y el macho, es decir echados la hembra y el macho a un tiempo, lo tapan el hueco donde están echados los dos y los cogen dejando el nido abandonado, tengan pichoncitos o huevos o como estén y así se pierden y de esta manera pronto desaparecerá tan hermosos y bellísimos pájaros; un bellísimo pajarito al que llamamos chillote color amarillo y negro no se ve por ningún lado.

LOS COMICOS CHIRRIPOES Y LOS PREVENIDOS BRIBRIS

En nuestros viajes a Chirripó al día siguiente de nuestra llegada muy temprano empezaron a llegar los cholitos a nuestra residencia muy ufanos exhibiendo vestimenta muy extrambótica: levones, chalecos, corbatas, zapatos cambiados de pie, los cuales pegados de un lado del otro flotando por el aire en el modo de andar se notaría el cambio de un andar paticojo con alguna dificultad, un sombrero de 3 pisos de los que usan los grandes grandes señores en grandes solemnidades, naturalmente todo esto de segunda mano. Uno de nuestros

cholitos con gran solemnidad rondaba alrededor de la Capilla ostentando en el sombrero una etiqueta de una lata de salmón sujeta con bejucos.

Viajando entre los indios Bribri llegamos a un lugar donde habían varios palenques juntos, los cholitos ya nos conocían y nos tenían bastante confianza, aquellos cholitos tenían excusado, pues eran bastante aseados; no permitían que animal doméstico alguno pudiera contaminar con excrementos humanos. Nosotros después de un rato de llegados solíamos dar una vuelta por los alrededores y un día en que queríamos hacerlo cuando oímos voces de varios cholitos a un tiempo: oye, oye el cagadero está por este lado, es decir el excusado está por aquel lado, a lo que ellos dicen con el nombre vulgar (cagadero).

COMERCIO CON LOS INDIOS

Una vez radicados nosotros en Sipurio de Talamanca, nuestro primer cuidado fue ver la manera de aliviar la muy dura y triste situación de los indios, no solamente en lo espiritual sino también en lo material. Aquellos cholitos, que ya estaban algo civilizados, necesitaban algunas cosas como ropas y herramientas para sus trabajos, pero no podían conseguirlos sino a muy altos precios.

El Jefe Político era el comerciante en los primeros tiempos. Aquellos pobres tenían que pagar muy caras aquellas cosas y además ellos debían de transportarlas por caminos que más eran para animales salvajes que para seres humanos, haciendo caminos de ocho a diez horas con ciento cincuenta libras a la espalda, unas cuatro horas por fangales con el lodo algo más de la rodilla y el resto un continuo sube y baja de barro pegajoso. Con tal camino aquellos pobres llegaban a Cuabre vueltos una pelota de barro, agotadísimos, aniquiladísimos, por una mísera paga de veinticinco céntimos, que era lo que si acaso les pagaban por lo que llamaban un quintal, aunque siempre era más de un quintal. Si acaso la mercadería llegaba mojada eran castigados, tuvieran culpa o no, pues las más de las veces eran transportadas en botes en mal estado, con rajaduras en el fondo. Vi cobrar por una aguja corriente para coser diez céntimos, cuando aquí valían veinticinco agujas cinco céntimos y por una peseta se podían comprar ciento cincuenta, por un cuchillo llegaron a cobrar diez colones (¢ 10.00) cuando la docena valía dieciocho colones (¢ 18.00).

Cuando un pobre indio hacía una cuenta de cinco colones (¢ 5.00) nunca salían de ella por más productos que trajera y aunque nada sacara de nuevo. Los cholitos traían hule, zarzaparrilla, tenían vacas, gallinas, cerdos, algún caballo. El hule siempre valía lo menos dos colones (¢ 2.00) la libra, la zarzaparrilla treinta céntimos (¢ 0.30) la libra, pero aquellos infelices ni les pesaban lo justo, ni mucho menos les pagaban el valor justo de las cosas. Aquellos cholitos entendían por chelines, un chelín (0.25). Así que llegando a conocimiento de Monseñor Blessing todas aquellas penurias de aquellos pobres cholitos, resolvió hacer algo por aliviar aquella dura situación. Pero había que pensar cómo. Al misionero no le era permitido negociar, pero se halló la forma como hacerlo, a saber, a cambio de cosas por trabajos, por productos que nosotros necesitábamos. Eso sí sin ganancia. Nos hacía falta café, frijoles, maíz, les llevamos pólvora, plomo, cuchillo, ropa y todo a precio de costo. Las 25 libras de pólvora valían en San José, ¢ 20.00, allá noventa céntimos libra; 25 libras de plomo, ¢ 5.00, allá veinte céntimos libra; cuchillos ¢ 18.00 docena, allá ¢ 1.75. Pagamos un colón (¢ 1.00) de flete por quintal, donde la autoridad pagaba ¢ 0.25 por más de cien libras y dábamos la comida. Una vez un bulto de 150 libras, por él se le pagaron al carguero dos colones (¢ 2.00). La comida consistía en una libra de pólvora, unas cinco de plomo y una caja de tubos, con esto ellos llegaban a proveerse de abundante cacería. Pronto las cholitas comenzaron a hacernos encargos: máquinas de coser a mano, ellas pronto aprendieron el manejo y no les costaba muy caro (las había hasta de ¢ 20.00). Las cholitas nos traían cacao y café en pago. Pronto tuvimos que extendernos más con nuestros trabajos y sembrar maíz,

mucho maíz, puesto que la cría de gallinas ya iba siendo grande. Nuestro plan era cada domingo, dos, hasta tres gallinas para los cholitos de la escuela, y unos tres días por semana huevos, uno para cada uno. Compramos una vaquita para que también tuvieran leche, y para eso necesitábamos un potrero, había más ocasión para los cholitos para ganar y conforme avanzaba el tiempo veíamos en nuestros cholitos mucha complacencia y mucha mayor confianza.

Pero no así la Autoridad, estaban a revienta cincha con nosotros, y solapadamente nos hacían toda la guerra que podían ante el Gobierno. Nos pintaron como comerciantes explotadores de los indios y por tiempo llegó a tales extremos la difamación de las autoridades contra los Padres Misioneros que el Padre Beniderhoff hubo que detenersele porque se las quería dar con el Jefe Político, mano a mano, pues él era el causante de muchos chismes. Y creo que hubiera quedado muy mal parado el Jefe Político, pues el padre José era muy fuerte. No ha faltado alguna persona que en mi propia cara me ha dicho que los Padres Paulinos en Talamanca eran unos explotadores de los indios. Nada más cruel, nada más ingrato, han creído que los Padres salían de Talamanca llenos de oro. Todos aquellos que trabajaron en Talamanca algunos años, han muerto, bastante jóvenes, todos llenos de achaques. No sé, no comprendo, por que Dios Nuestro Señor, me tiene con vida, será para que purgue en esta vida mis muchos pecados. Monseñor Blessing, murió a consecuencia de una enfermedad contraída de resultas de una caída en las altas montañas de Talamanca. El Padre Jesús murió casi seco, en el puro hueso. El Padre Vicente y el Hermano Clemente murieron casi tullidos de reumatismo y paludismo. El Padre Baubach y el Hermano Ignacio llenos de males y llenos de achaques y que fue el último que llegó.

RECUERDOS HISTORICOS DE LA MISION DE TALAMANCA

Al notar que a los indios Bribris les gustaba la agricultura empezamos a llevarles semillas de cuanto podíamos. Ellos cultivaban café, plátanos, frijoles muy gustosos. No sabían aporrearlos, los hacían pelados vaina por vaina, cuando el café, cogían una porción y la repartían entre todos, chupando le quitaban la primera cáscara, pero el pergamino se lo quitaban con pilones. Ellos tomaban café, pero como carecían de comodidades para la tostada, era puro carbón. Estos cultivos serán a una altura de unos mil a mil quinientos metros de altura en el Alto Urén y Larí. Naranjas, aguacates, caña dulce, también tenían en aquellas alturas.

Las semillas que empezamos a llevarles eran chayotes, papas, cubaces, tomates, piñas dulces. De este producto a saber, piñas llegamos a tener varios miles con las que regalábamos a los cholitos, eran tan grandes, tan hermosas, y dulces. Los cholitos se entusiasmaban y nos pedían matas para sembrar. En nuestros cultivos de piña comenzamos a tener daños, yo tuve la precaución de llevar media docena de rateras y las comencé a poner donde había piñas adelantadas y llegué a coger hasta veinte zorros por noche y en muy poco tiempo cogí unos quinientos. Cuando comenzamos a ver los primeros chayotes y a gustarlos, las primeras papas, cubaces, tomates, también ellos quisieron sembrarlos, pero no les hacían como se debía, yo les sembraba estos productos en tierras bien preparadas, pero ellos no seguían mi ejemplo, y eran las cholitas las más entusiastas.

En aquellas alturas las tierras no se ven muy pujantes, pero en algunos bajitos se pegan muy buenas papas. Ahí no hay plátanos, ni pejibayes, nada de comer, pero ni cacería, ni siquiera pájaros y es por eso que quisimos inclinarlos a cultivar la tierra. El maíz, que cultivaban muy anticuadamente daba cosechas muy bajas, la preparación del terreno es pésima, una chapia y el maíz sembrado a puños. Cuando empieza la cosecha, hay mucho daño, son miles los bichos que la atacan. El maíz que cultivan los cholitos es exclusivamente

para chicha, la que nunca falta. En aquellas alturas lo que parece que hay poco son maderas finas, cedro dulce y amargo. Parece haber más roble. Hay una madera muy rara, un árbol que no es redondo, sino cuadrado de arriba a abajo, no muy grueso, ni muy duro, lo usan para construir palenques. Hay también un bejuco con adornos muy llamativos de tal modo que parece artificial. Aquella región extrema de Nuestra Patria está muy cerca del Kámuk o sea el Pico Blanco, esbelto pico, donde creo que nadie ha subido. Cuando yo le propuse a Monseñor que fuéramos al Pico, me contestó: si hubiera indios, allá iríamos y aún más allá. Lo más probable es que sea un Volcán, porque la idea de los cholitos es que cuando Dios quiere comer indio, prende fuego allá arriba, para cocinar indio. El profesor Gab escribió que él subió a la cumbre, pero los indios nos dijeron que no era verdad. Al internarse uno en aquellos vericuetos, es un llover continuo, oscuridad aún a medio día, el frío es intenso. Los indios no se internan al pie del cerro, pero de cacería sí, pues hay abundancia de dantas, cabras, aquella pequeña ave, tan rica, tan gustosa, que abunda en las faldas del Turrialba, la que llamábamos "pajula". La descripción que nos hacían los cholitos de aquellos parajes eran horribles cavernas, precipios, huecos, todo aquello habitado por los mismísimos demonios, aunque por lo que personalmente vimos, es el intenso frío y la lluvia lo que impide el acceso al risco.

Cuando con el Laudo Loubet nos quitaron todo el territorio de Talamanca, una comisión de ingenieros entró a medir aquellos terrenos, al tratarse del Pico Blanco, los indios nos contaron que no pudieron llegar porque los mozos no aguantaron, teniendo que dejar todo abandonado, cobijas, capas y mucha provisión.

Haciendo una travesía del Alto Lari al Alto Urién llegamos a la cumbre de un Pico. El panorama desde aquellas cumbres es precioso y sumamente bello. La vista se extiende hasta el mar, se alcanza casi toda la extensión del bellísimo Río Sixaola, todo el extenso valle de Talamanca, los cinco ríos que forman el Sixaola, hacia los dos lados, hacia todas direcciones nada impedía nuestra vista. Ahí está el porvenir de nuestra Patria, aquella inmensidad de tierras, muchos, muchísimos miles de hectáreas, cuántas riquezas. Cuántos tesoros no encierra. Al pie del Pico Blanco los terrenos no se ven tan quebrados, desde ahí lo teníamos algo cerca. Aquello es el porvenir de nuestra querida Patria. Son aquellos lugares espléndidos para ganadería. Aquellas exuberantes vegetaciones, aquellos parajes que recorrimos tan llenos de encantos, me hicieron exclamar: ¡Que bella es mi Patria! . No es posible para mi pobre cerebro expresar mis sentimientos, al contemplar tan encantadora belleza. Alcanzamos a ver las alturas del Telire, las alturas del Coen, y estamos entre las de Larí y Uren. La Cordillera que divide Talamanca de Buenos Aires no se ve muy alta. Pero ¿qué andamos haciendo por ahí, cuando por ahí no hay indios? . Es que Monseñor Blessing no deja rincón que no inspeccione en busca de almas. Es en esas travesías que me dí cuenta de lo extensa, bella y rica que es aquella región. En la travesía Lari, Coen, Telire, hicimos un recorrido de varios miles de kilómetros por trillos apenas visibles, pasando noches de claro en claro, sin poder siquiera prender fuego. Se encuentran bellísimos pájaros. En un lugar de Larí en un palenque tenían un animalito muy lindo y muy raro. Algo más grande que una ardilla, lanudito, y con un garfio en las manos. El animalito en cuestión es un oso— caballo en miniatura; el día se lo pasa dormitando, ojos muy pequeñitos, hocico puntiagudo, parece inofensivo, al pasarle la mano por el cuerpo se siente suave, aseado. No recuerdo qué era lo que comía, creo que era tabaco, que le tenían unos bejucos colgando. Este recorrido lo hicimos a un nivel algo más alto que el habitado por los indios, por alturas de 1500 a 1600 metros. En esta travesía Monseñor Blessing no tenía aparatos para medir.

Desde ciertos lugares alcanzábamos a ver terrenos muy parejos y Monseñor sospechaba que habría indios y había trillos muy trajinados. Pero aquellos trillos eran para ir a cacería, pues conforme nos internábamos iban desapareciendo. Allí el terreno parecía mejor, tenía un parecido a Santa Cruz de Turrialba, así como pasa allí, donde está la población es más

disparejo y más arriba es más parejo; en una y otra parte la misma naturaleza, los mismos bosques y aves, la perdiz, el jilguero, el yigüirro de montaña. Con algunas muy pocas excepciones todo es igual, aunque me parece que aquí las antiplanicies son más extensas. La altiplanicie de Alto Telire es muy extensa, y muy abundante de aguas. ¡Que noches pasamos allí en media selva, sin poder siquiera prender fuego, por estar todo entrapado en agua. Pero a pesar de toda incomodidad fueron noches de placer, en medio de aquella naturaleza salvaje, gritos salvajes, lloros, chillidos como de niños, maullidos, quejidos, carcajadas, todo un conjunto de ruidos. En medio de aquel ruidal, aquella infernal algarabía, mi mente, mi cerebro, vagaban confusamente sin caso concentrarse en ninguna cosa, y por fin se remontaba a lo infinito, a lo eterno. La pequeñez de este triste mundo, lo engañados que andan los hombres, y lo engañosos que son. Ahí, lejos de cualquier hogar, en aquella soledad, se me ocurría que por ahí podía rondar un tigre, un leoncito, una danta, podía atropellarlo (no cargábamos arma alguna, únicamente un pequeño cuchillo), pero no hay miedo, aquellas son fieras salvajes y no humanas, las más terribles. Monseñor Blessing en aquellas terribles noches no se llegaba a mover en toda la noche, para aquel Santo varón, lo mismo era una piedra, un tronco, como una almohada de plumas. Su delirio, su placer es andar tras aquellos cholitos. No pocas veces descubrimos ranchos ocultos en el follaje.

EL SECRETO DEL REMEDIO PARA LA PICADURA DE CULEBRA

Cuando recién llegados nosotros a Sipurio de Talamanca, nos llamó la atención un cholito muy distinto de los demás, muy comunicativo y expansivo, algo más moreno que los demás indios y con un bigote, al preguntarle por su nombre nos dijo llamarse Vilian Stuart que su padre era natural de aquellas islas que entonces pertenecían a Colombia llamadas San Andrés o San Blas, que él tenía dos hermanos llamados Llan y Elige y que él Vilian sabía curar el piquete de culebra aprendido de Padre, el cholito entró en gran confianza con nosotros y nos visitaba con mucha frecuencia, él y la esposa llamada Josefa. Un día reparó en que teníamos una olla grande de hierro, nos dijo que se la prestáramos cuando tuviera que preparar medicina contra el piquete de culebra y desde entonces se sirvió de la olla hasta su muerte. En cada caso de un mordisco venían bien temprano a llevarse la olla y se internaba con ella en el bosque, a orillas del río Uren y donde nadie lo viera, preparaba la medicina, después de medio día, venía a devolvernos la olla trayendo la medicina, ya preparada en una botella teniendo nosotros cuidado de tenerle un gallito para él y su esposa la que siempre lo acompañaba. Un jefe político lo tuvo como detenido para que le descubriera el secreto, lo trajeron a San José y lo tuvieron un mes también detenido, pero nada descubrió; lo amenazaron, le prometieron una recompensa, pero nada valió; nosotros de nuestra parte jamás le hicimos la menor pregunta al respecto y como él no reveló nada del secreto a las autoridades, trataron de prohibirle ejercer las curaciones bajo pena de multa, pero Monseñor Blessing intercedió por él y lo dejaron tranquilo, pues aquella prohibición habría sido la muerte de muchísimos indios por picaduras de serpientes, jamás vimos que ninguno de los pacientes quienes fueron asistidos por los tres hermanos muriera.

Pero mientras el mayor vivió, los otros dos no ejercían la profesión, muerto el mayor, siguió el segundo y muerto el segundo siguió el tercero, que fue el que quedó cuando abandonamos Talamanca. El primero cobraba ₡ 10.00 por cada curación, es decir, por cada individuo. El personalmente atendía al enfermo dándole la medicina cucharada por cucharada, y todos los casos eran graves cuando al paciente le venían la sangre en cuajones por la boca, por la nariz, ojos, y en todo el cuerpo, era como un sudor de sangre. Naturalmente por la mordedura de una terciopelo de unos 3 metros, la muerte es rápida y lo digo porque en mi presencia sucedió un caso en que una terciopelo mordió a un cholito el que iba delante de mí, apenas unos 3 pasos, cuando vi la gran trifulca, pero aquello fue

rápido; a un tiempo vi al cholito tendido en el suelo y la fiera como queriéndose ir encima; yo tenía un rifle, pero de una sola bala y 2 perros amarrados, pero en el estado de ánimo en que quedé no hubiera pegado la fiera, y si hubiera disparado los perros se me alborotan, volvía a ver hacia atrás en busca de los dos muchachos hijos del que acababa de ser picado y ni la sombra habían huído; me encontraba pues solo ante aquel cuadro tan triste y doloroso, traté de incorporar al pobrecito pero me rogó que lo dejara quedito, se quejaba muy lastimosamente. Fueron aquellas horas de angustia para mí, horas mortales, horas negras, pronto le vinieron cuajones de sangre por la boca, por la nariz, los oídos, y últimamente por todo el cuerpo. Cada instante que pasaba se ponía más grave, sobre mi mente eran muchos los pensamientos que bullían, en lugar del cholito podría estar yo con solo que yo hubiera ido adelante y recordaba en los casos en que me vi yo. En Estrella cuando me paré sobre una terciopelo; bajando por una ladera a orilla del Sixaola me brincó encima la que pasó a muy pocos centímetros de mi cara, ya donde cayó volvió la cabeza hacia mi con el hocico abierto; en Amubre nuestra residencia acostumbraba yo después de las 9 de la noche bajar unos 50 metros aguas abajo para venir en seguida aguas arriba cogiendo camarones, eran tan ricos con el arroz, y a nuestros cholitos les encantaban. Una noche como de costumbre bajé, al bajar el agua se enturbiaba y no podía ver los animalitos, al regresar una noche no había caminado 10 metros aguas arriba cuando vi en el fondo del agua una gran terciopelo casi atravesada en la quebrada, no hacía más que segundos yo había bajado y no la toque; ambos lados de la quebrada era charral tupido, adonde terminaba el rabo no había más que una media vara, la cabeza la tendría del otro lado y la quebrada tendría unos 4 metros de ancho; mi dolor fue que el otro día no hubo camarones para los cholitos. Un día me iba a bañar al río Uren cuando llegó un cholito y me pidió le ayudara a echar un bote al agua que estaba ahí, iba yo a agarrar el bote de cierto lugar para empuñarlo cuando me dijo el cholito, no vos hoy no venir por aquí, cuando el cholito metía la mano donde la iba a meter yo, volvía a ver que pasaba y lo había mordido una culebra que estaba bajo el bote y bien mala, de las que llaman oropel. Cuando por primera vez iba para Talamanca al despedirme de Monseñor Thiel, me hacía muchas recomendaciones y entre otras cosas me dijo, usted los que trabajan en bien de los indios no deben temer nada porque van a hacer una obra muy santa, muy agradable a Dios y por lo mismo él los protege y esto se cumplía al pie de la letra en los 4 que trabajamos allá, por fin murió el cholito, nada absolutamente pude hacer por él, no quería dejarlo solo, los muchachos que iban con nosotros huyeron, eran hijos y como yo conocía algo sobre la costumbre de los indios calculaba que de los familiares nadie vendría como en efecto nadie vino. Era ya mucho más de medio día cuando llegaron los encargados de amortajar y enterrar a los difuntos, traían grandes royos de hoja de bijagua y bejuco, eran 4; yo tenía que volver a casa, los cholitos estaban solos, tenían el corazón oprimido, el alma angustiada, aquel cholito tan bueno cuando le pedimos los 2 muchachos para la escuela no puso ninguna dificultad. Y sigo sobre el remedio, Vilian cada vez de un caso venía a llevarse la olla, tuve intención de seguirlo pero me abstuve de hacerlo, lo que hice fue que después que venía y se iba adonde el enfermo me iba sobre los pasos encontraba el fogón donde había hecho el cocimiento, pero no dejaba ni rastro probablemente arrojaba al río los residuos. Pero un día encontré un árbol descascarado y empecé a sospechar que era él, tenía una parte descascarada vieja, y otra fresca pero a él jamás le dije nada. Por fin murió sin haberle revelado a nadie el secreto, siguió el segundo hermano curando, igual que el hermano mayor, nadie moría pero el segundo murió picado de culebra pero no de las de veneno rápido. Según nos contaban los indios hay en Talamanca una culebra que al que muerda no muere rápido, pero se forma una llaga en la parte de la picadura y la carne se va callendo a pedazos. Vimos un caso en un cholito joven, perdió la pierna algo más arriba de la rodilla pero se trajo al hospital San Juan de Dios y se curó, el curandero de culebra no quiso salir y murió, pero fue que se complicó y muerto el segundo siguió el tercero con iguales

resultados, nadie se moría. Mientras tanto quedaba la viuda del primero. Josefa la que se había juntado a vivir con uno de esos que llaman Culfí, el tal culfí era muy buen hachero y lo busqué para que me derribara unos árboles que tenía que derribar y con él vino Josefa la viuda del primer curandero; ella venía a sembrarme un poco de maíz, pues era muy buena sembradora; ellos dormían conmigo y yo les daba los alimentos. Un día hablé con el culfí sobre el asunto de la medicina contra las culebras diciéndole yo a él que probablemente Josefa sabía el secreto de las yerbas, a lo que me replicó que sí sabía, pero que cuando él, culfí, se juntó a vivir con ella, él ignoraba el que ella supiera tal secreto, pero que a él un día lo picó una culebra muy mala, y él se puso muy malo creyendo ya morir cuando Josefa se perdió una mañana pero él estaba muy mal, y tan mal se encontraba que no supo ni a que hora salió, ni a que hora volvió, ni que fue lo que trajo, era tanta la sangre que brotaba por la boca y por todas partes del cuerpo que se encontraba sumamente débil y hasta por momentos perdía el conocimiento y así esperaba la muerte por momentos; ya muy entrado el día se le acercó la cholita con un remedio dentro de una botella y ofreciéndole cucharadas muy seguidas unas de otras y cuando tendría unas 2 horas de tomar sentía mucho alivio él, ni por imaginación sospechaba que aquella cholita con quien vivía supiera curar el piquete de culebra. Un día, al siguiente de estar tomando la medicina amaneció mucho mejor y siguió mejor hasta estar completamente restablecido. Bueno, le pregunté al culfí; no querrá Josefa decirme a mí de ese secreto? claro que sí quiere, ella me habla muy bien de usted, dice que era muy bueno cuando el otro marido venía a preparar remedio. Usted siempre le daba de almorzar cuando ellos venían con mucha hambre y que ella quería enseñarme a mí el secreto. No deje pasar mucho tiempo, esa misma tarde le hablé del asunto; sí, me dijo, vamos ahora, y fuimos a un bosque cercano, ahí me fue enseñando una por una las plantas que eran buenas. En primer lugar un árbol que yo sospechaba el que vi una parte descascarado conocido con el nombre de jiñocuabe, el segundo almendro, el tercero un bejucillo llamado lengua de víbora, el cuarto una yerbecita muy linda y el quinto una especie de platanillo.

Como el árbol jiñocuabe es un árbol muy distinguido no demasiado grueso ni muy alto, lo llamaban también indio desnudo, crece siempre sólo, no admite muzgo, ni orquideas, ni bejucos, siempre liso, colorado, larga una cascarita fina; de Tres Ríos a Curridabat hay como postes en las cercas a orillas de la carretera. El almendro no es el que hay en Limón y en toda la línea, es un almendro muy corpulento de madera dura, no es posible derribarlo con hacha, un fruto parecido a la semilla de un mango dentro de la nuez, tienen una semilla parecida a la almendra extranjera y del mismo tamaño, contiene muchísimo aceite, es muy rica para comer pero si se come demasiado purga, para derribarlo es con fuego; la danta come la corteza, arranca grandes pedazos; cuando a uno de estos árboles le prenden fuego no se apaga hasta quemarse todo, vi uno de estos árboles que duró algo más de un año quemando. Creo valdría la pena juntar de esta semilla para producir aceite, porque es mucha la cantidad que vota y este es el segundo contra el veneno de la culebra; y voy por el tercero, es un bejuquito de hojas parecidas a la cabeza de una culebra, más larga, el bejuquito se parece algo al güitite, larga una cascarilla como seca, de un olor muy particular y agradable, por la forma de la hoja la llaman lengua de víbora; en la bajura de Talamanca hay, aunque no muy abundante; se le corta y retoña. Y el cuarto es una yerbecita muy linda, como para adorno, como con dibujos muy semejantes al del terciopelo; una terciopelo arrojada en el centro de estas yerbecillas se puede confundir y, según me decía los cholitos, es muy corriente que se encuentren entre estos bejuquitos. Y quinto es una especie de platanilla, aunque no de cepa grande, algo fina la hoja. Creo que en Peralta o Siquirres puede haber todas estas plantas. El jiñocuabe hay que sacarle la corteza del lado que nace al sol, para hervir 3 botellas de agua, reducidos a una, al paciente se le sirve por cucharadas, no recuerdo cada cuanto; para probar si el paciente todavía tiene veneno en el cuerpo se le da la yema de

un huevo duro y si lo arroja es que todavía tiene veneno y si no arroja es que está bueno. En el bosque hay un hongo el que al exprimirlo despide un polvillo, de éste se hace una pomada con manteca para untarle en la parte afectada. Estos remedios no son de los indios de Talamanca sino de aquellas islas San Andrés, pertenecientes a Panamá. En Changuinola hubo otro famoso curandero de culebras, aquel con solo un trago de guaro estaba curado el paciente, se llamaba José María Torres. El Padre Bellut y el Padre Menjet adquirieron una bolita color negro, algo más grande que un chumico, las adquirieron del Padre Misionero alemán que trabajaba con aquellos indios, era un secreto de aquellos mismos habitantes contra la mordedura de las serpientes, bastaba acercar la bolita a la mordedura que se adhería y hasta que se desprendiera sola la bolita estaba curado el paciente; para desinfectarla había que sumergir en leche una rata aún viva. El Padre Enrique Menzel en Turrialba tenía una a quien se le solicitaba muy a menudo.

PABLO SOLANO
Julio de 1953
SAN JOSE - COSTA RICA.

